

Lou Carrigan

MORGAN TIENE UN PROBLEMA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

MORGAN TIENE UN PROBLEMA

Colección LA HUELLA n.° 85
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 16580-1976
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: junio, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Desde el aeropuerto internacional de San Juan de Puerto Rico, en Isla Verde, Morgan Morgan se hizo trasladar en taxi a la ciudad.

Por supuesto, como era habitual en él, buscaría el mejor hotel. A fin de cuentas, lo menos que merece quien viaja por el mundo jugándose la vida, es disfrutar de ésta lo máximo posible mientras dure.

El taxista le aseguró que el mejor hotel que podía encontrar en San Juan era el hotel Santo Nombre y Morgan aceptó esta sugerencia, pues por experiencia sabía que tenía aspecto de llevar los bolsillos Denos de dólares y de saber repartirlos si se le ofrecía un buen servició.

Efectivamente, el hotel Santo Nombre, cuando menos por su fachada, era de lo mejor que un agente secreto pudiera desear.

—¿Le gusta, señor? —preguntó el taxista.

—A la vista ofrece buen aspecto —admitió Morgan—. Ya veremos si por dentro no es un nido de cucarachas.

El taxista se echó a reír, y poco más tarde aún estaba más complacido pensando en la propina de veinte dólares que le había largado el simpático turista rubio con la cara llena de pecas.

Por su parte, Morgan Morgan no tuvo dificultad alguna en encontrar en el hotel Santo Nombre una *suite* acorde a sus deseos.

Una vez instalado en ésta, Morgan Morgan se dedicó a pensar en la sencillísima misión que le llevaba allí.

Sentado en una de las butacas colocadas ante la terraza, Morgan Morgan, agente del SAG (Special Agents Group), encendió un cigarrillo y continuó con sus sencillas meditaciones.

Por lo general, su jefe acostumbraba a utilizarlo solamente en misiones de gran envergadura, todas ellas siempre relacionadas con

la seguridad interior y exterior de Estados Unidos. No en vano Morgan Morgan era uno de los mejores agentes del SAG.

En esta ocasión, sin embargo, y aunque Morgan no era presuntuoso, sentía una ligera irritación. Viajar desde Washington a San Juan para encontrarse con un tipejo que se llamaba José Calatrava no le parecía digno de su importancia.

De todos modos y puesto que estaba allí se dedicaría a visitar cuanto antes a José Calatrava, y si como esperaba, el informe que éste quería rendir al SAG no era demasiado importante, quizá podría quedarse un par de días en San Juan.

Morgan había visto durante el trayecto del aeropuerto a la ciudad y durante el recorrido por ésta, no pocas jovencitas que merecían su más entusiasta atención.

Tras estas breves reflexiones, Morgan decidió que a fin de estar bello y pimpante como en él era norma y ley, para las escaramuzas de la cálida noche puertorriqueña que tenía por delante, lo mejor era darse un buen baño y ponerse uno de sus siempre elegantes trajes.

Mientras se bañaba volvió a pensar en José Calatrava. José Calatrava, del cual solamente conocía esto, es decir, el nombre, se las había arreglado para hacer llegar a la jefatura del SAG, su petición de que enviasen a uno de los mejores agentes de la Central a comunicarse con él. Se había negado rotundamente a informar al intermediario Pedro Olmos o a enviar ni siquiera una pequeña sugerencia sobre sus conocimientos.

En definitiva, Morgan Morgan llegó a la conclusión de que puesto que el SAG, empezando por él mismo, no utilizaba agentes especiales ni colaboradores tontos, José Calatrava debía tener algo muy muy muy importante que decirle.

Hacia las seis de la tarde, Morgan Morgan emprendía el camino, en un coche recién alquilado, hacia la casita en la que vivía José Calatrava en las afueras de San Juan de Puerto Rico.

Según el plano que había visto en el despacho de su jefe, Morgan no debía tener problema alguno en localizar el domicilio del puertorriqueño. Y así fue. Veinticinco minutos más tarde de haber abandonado el centro de la ciudad, el agente del SAG detenía su coche a cierta distancia de una modesta y casi ruinosa casita tipo chalet construida frente a la playa.

Encendió un cigarrillo, estuvo mirando la casita y sus alrededores mientras fumaba, y finalmente se dijo que, dada la inactividad del lugar, era muy posible que José Calatrava estuviese ausente.

«Muy bien —se dijo—. Lo esperaré. De paso echaré un vistazo por estos andurriales».

Se apeó del coche, dejándolo abierto, pero llevándose las llaves.

Con el cigarrillo colgándole de los labios y las manos en los bolsillos, Morgan Morgan se dirigió hacia la casa. A fin de cuentas, antes de decidir por sí mismo que José Calatrava se hallaba ausente, debía cerciorarse.

Un minuto después llegaba a la conclusión de que, en efecto, José Calatrava se hallaba ausente. Al menos, no respondía a sus llamadas a la puerta.

Pero al mismo tiempo que se convencía de esto, Morgan Morgan se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave.

Empujó la polvorienta hoja de madera, y acercando la boca un tanto a la abertura, llamó:

—¿Señor Calatrava?

Silencio.

Un silencio completo.

Silencio de ausencia.

Decidido a no complicarse mucho la vida, esto es, siempre buscando el máximo de confort y seguridad, el dinámico, simpático y efectivo agente del SAG, acabó de empujar la puerta y entró en la casa.

Se había equivocado.

José Calatrava estaba allí.

A menos que el hombre que estaba tendido boca abajo no fuese José Calatrava. Estaba caído de bruces, con la cabeza orientada hacia la puerta, y las manos separadas del cuerpo y a la altura de la cabeza, con las palmas tocando el suelo. Parecía dormido, pero, realmente, hace falta tener muy poco sentido de la comodidad para tumbarse a dormir de aquella manera en el puro suelo.

Porque ni siquiera tenía el atenuante de ser un suelo limpio o alfombrado. Era un suelo de simple tierra apisonada.

Morgan se acercó al hombre caído de bruces, y le puso dos dedos en la carótida derecha. Lo primero que notó fue la extrema

frialdad del cuello de aquel hombre. Con lo cual, sin más complicaciones, Morgan comprendió en el acto que el sujeto en cuestión estaba muerto. Defunción que quedaba aún más definida por la ausencia de latidos en el cuello.

La pregunta era: ¿se llamaba José Calatrava el hombre muerto?

Pues, sí.

El muerto se llamaba José Calatrava. Tenía en el bolsillo trasero del pantalón una mugrienta billetera en la que, además de unos cuantos billetes y viejas fotografías, seguramente familiares, y un par nuevas, de chicas muy sugerentes, había una documentación, un simple permiso de conducir a nombre de José Calatrava Fuentes.

Morgan Morgan dio la vuelta al cadáver y se quedó mirando el rostro del hombre. Un rostro adornado por un ancho bigote. Y junto a la guía derecha de éste, entre la punta y el pómulo, dos cicatrices formando un pequeño ángulo que le convencieron definitivamente. En Washington, su jefe le había dicho que José Calatrava tenía aquella cicatriz.

Sin más dudas al respecto, Morgan Morgan se incorporó y miró alrededor. El lugar no era precisamente el que él elegiría para pasar unas vacaciones. Ni siquiera una simple noche, a menos que se encontrase obligado a ello.

Dio una vuelta por las dos piezas de que constaba la casa, es decir, dos dormitorios. Luego, había un pequeño cuarto de aseo, y, en otra puerta contigua, la cocina. Estas cuatro dependencias daban al comedor-salón-recibidor donde se hallaba el cadáver.

Un registro rápido, y por supuesto experto, por parte de Morgan, fue suficiente para que éste comprendiese que no encontraría allí nada que tuviese valor en ningún sentido.

Volvió junto al cadáver y se quedó mirando los manchurrones de sangre que tenía en el pecho. Le habían clavado allí no menos de cuatro o cinco balas. No era muy fácil saberlo con exactitud, puesto que la sangre que había brotado de los diversos impactos se había juntado formando una sola costra, ya oscura, casi negra, que parecía de cartón.

«Bien —meditó Morgan—. Supongo que lo que debería hacer es llamar al jefe a Washington y decirle lo que ha ocurrido, pero si algo me molesta grandemente es que alguien estropee mis citas».

Continuó mirando a todos lados. Si encontraba la más pequeña

pista respecto a la personalidad del asesino o asesinos de José Calatrava, ciertamente aquéllos iban a saber muy bien quién era y cómo las gastaba Morgan Morgan.

Pero no encontró pista alguna.

No, al menos, hasta que se disponía a marcharse.

Entonces, y sin saber por qué, miró el suelo de tierra, delante de la cabeza del muerto. Se acercó un poco más y se arrodilló en aquella parte. Efectivamente, lo que había en el suelo eran unas rayas bien definidas que formaban un dibujo incomprensible del todo para Morgan Morgan.

Lo primero que hizo, de todos modos, fue examinar la mano derecha de José Calatrava Fuentes… Cierto. Las uñas de los dedos pulgar e índice estaban rellenas de tierra. Parecía evidente que José Calatrava había estado arañando el suelo, posiblemente en sus convulsiones agónicas.

Sin embargo, había algo en aquellas rayas que le hizo fruncir el ceño a Morgan Morgan. Para él no eran unas rayas cualquiera. No podía definirlas, pero estaba seguro de que tenían un significado.

Así pues, lo que hizo el agente del SAG fue sacar su encendedor que contenía la clásica e inevitable micro-cámara fotográfica, y para asegurarse de que no habría fallo tomó tres fotografías de aquellas rayas dibujadas en el suelo.

«¿Y el cadáver? —se preguntó—. ¿Qué hacer con el cadáver?».

Lo conveniente para él y para el SAG, sería posiblemente dejar las cosas como estaban, mientras se emprendía la oportuna investigación en torno a la muerte de José Calatrava y de lo que éste había sabido y que le había impulsado a requerir la presencia de uno de los mejores agentes del SAG.

Por otra parte, era inhumano dejar allí a un hombre muerto y ya rígido y frío.

¿Qué hacer?

Morgan Morgan sólo podía hacer una cosa. Y la hizo. Dio media vuelta, salió de la casa, y mirando a todos lados para asegurarse de que nadie había presenciado su visita al lugar, regresó a su coche y emprendió el regreso a San Juan de Puerto Rico.

Efectivamente, había sido inhumano.

Pero el espionaje no es precisamente una competición en la que los participantes van tirándose flores y besos los unos a los otros.

* * *

Hacia las diez y media de la noche, el agente del SAG Morgan Morgan pasó por la tienda de fotografías a recoger su encargo.

Ya había cenado, y por aquella noche, como una medida de autodisciplina, pero en el fondo como respeto a un casi compañero que había sido asesinado, Morgan había decidido prescindir de la siempre estimulante y por supuesto agradable compañía femenina.

La tienda de artículos fotográficos y revelado de fotos a la que se dirigió, no era por supuesto una tienda cualquiera. Desde hacía mucho tiempo, su propietario, Pedro Olmos, trabajaba para el SAG. Precisamente había sido por mediación de Pedro Olmos que el colaborador José Calatrava Fuentes había pedido la presencia de un agente del SAG en San Juan de Puerto Rico.

Pedro Olmos, que también había cenado ya en compañía de su gordísima, apetecible y hermosota mujer, tenía las fotos preparadas para, quien, tácitamente, era su superior. Las fotos, magníficamente reveladas, mostraban con toda claridad las rayas que Morgan Morgan había visto en el suelo de la casa de José Calatrava.

Después de contemplarlas en silencio durante algunos segundos, Morgan miró a Pedro Olmos.

—¿No le sugieren nada estas rayas, señor Olmos?

—Pues no —replicó el colaborador base del SAG—. Pero si usted quiere puedo quedarme con una de estas fotografías y dedicar el tiempo que sea preciso a estudiarlas. Si llegase a alguna conclusión podría avisarle a usted al hotel.

—De acuerdo —aceptó en seguida Morgan—. Dicen que ven más cuatro ojos que dos, y por otra parte, usted, que por supuesto conocía mejor que yo a Calatrava, quizá llegue a alguna conclusión.

—Haré todo lo que pueda, señor Morgan.

—Muchas gracias. Si soy yo quien encuentra alguna solución, también le avisaré para evitarle molestias inútiles.

—Me parece muy razonable —sonrió Olmos—. ¿Puedo hacer algo más por usted, señor Morgan?

—No, gracias. Si ocurriese algo importante, no dude en llamarme. Ya sabe que estoy en el hotel Santo Nombre.

Morgan regresó al hotel. Se puso el pijama. Se aseguró de que tenía cigarrillos, y tras encender uno se tumbó en una butaca y contempló con toda su atención una y otra fotografía. Él se había

quedado dos de las tomadas en la casa de José Calatrava, y Pedro Olmos se había quedado una. Si en toda la noche no había conseguido nada, y considerando que Pedro Olmos no tenía ni idea que lo que José Calatrava quería comunicar a un enviado importante del SAG, era muy probable de que Morgan Morgan emprendiese el regreso a la Central de Washington.

Hacia las tres y media de la mañana, inevitablemente, Morgan Morgan se durmió.

Despertó hacia las seis y media. Disgustado consigo mismo, contempló de nuevo las fotografías que habían quedado caídas en el suelo ante sus pies. Luego, comprendiendo que era absurdo obligar a su mente a trabajar sin haber descansado adecuadamente, decidió hacerlo. Tomó un baño caliente, volvió al sillón, cerró los ojos, y en pocos segundos quedó con la mente en blanco, reposando de un modo total, absoluto.

Esta vez tuvo suficiente con una hora, y cuando despertó se encontraba completamente fresco y relajado. Volvió a la carga, estudiando una y otra vez las rayas de las fotografías, colocando éstas en todas las posiciones.

Finalmente, ya casi las nueve de la mañana, decidió que para seguir adelante con aquel rompecabezas, una buena ayuda sería desayunar. Se hizo subir el desayuno a la *suite*, y cuando terminó, todavía sin haber obtenido resultado alguno, decidió salir a dar un paseo. Quizá caminando las ideas se aclarasen y encontrase algún significado a aquellas rayas.

Pero no.

No.

No fue paseando como se aclararon sus ideas. Fue mucho más sencillo. Simplemente, cuando estaba entregando la llave de su *suite* en el mostrador de conserjería, vio en un lado de los casilleros de la correspondencia un gran mapa de la isla de Puerto Rico. Se quedó mirando el mapa con expresión atónita, y de pronto apretó con fuerza los labios. Había sido un completo cretino.

—¿Tiene usted un mapa de la isla? —pidió al conserje—. Lo más grande y detallado posible, por favor.

—Tenemos muchos mapas, señor —aseguró el conserje—. Incluso en tarjetas postales. ¿El que desea usted es quizá de carreteras?

—El que deseo yo —insistió Morgan Morgan— es el que esté más detallado. Es decir el que este a una escala más grande.

—Sí, señor, entiendo.

El conserje encontró un mapa que cuando menos inicialmente mereció la aprobación de Morgan Morgan. Con él en la mano fue a sentarse en uno de los sillones del vestíbulo. Allí, tras estudiarlo unos minutos, sacó las dos fotografías y fue comparando las rayas que se veían en ellas con las líneas de la costa de la isla.

La paciencia siempre tiene fruto. Sobre todo si va acompañada de muy buena dosis de inteligencia, como era en el caso de Morgan Morgan. Casi diez minutos después de estar examinando y comparando fotografías y mapa, el agente del SAG localizaba el lugar que representaban las fotografías.

Dicho lugar estaba señalado en el mapa con el nombre de Punta Miquillo. Y por fortuna tenía unas características muy fáciles de identificar y que, comparadas con las rayas o contornos de las fotografías, coincidían, en líneas generales.

«Muy bien —se dijo Morgan—. No perderé nada por ir a echar un vistazo a Punta Miquillo».

CAPÍTULO II

Punta Miquillo era simplemente una delgada y alargada porción de tierra que penetraba en el mar. Que se llamase de ese modo a Morgan Morgan le tenía completamente sin cuidado, siempre y cuando pudiese convencerse de que aquel lugar era el que José Calatrava había querido señalar en sus últimos segundos de vida.

Aunque la pregunta ya hacía horas que rondaba por la mente de Morgan. Por supuesto, era factible que aun después de haber recibido cuatro, cinco o seis balazos, y tras haber sido dado por muerto y abandonado por sus asesinos, un hombre tuviese fuerzas para escribir un nombre, una simple letra, o trazar unos garabatos.

Pero, puesto que, según le constaba a Morgan, José Calatrava Fuentes sabía leer y escribir, no le parecía razonable que hubiese trazado aquellas rayas. Mucho más fácil le habría sido escribir simplemente el nombre de Punta Miquillo. Aunque, claro, quizá por la postura del brazo y su rápida agonía, José Calatrava había comprendido que no podría mover la mano con la precisión necesaria para escribir, y en cambio sí podía moverla para trazar una línea reveladora.

En fin, el hecho cierto era que equivocado o no, Morgan estaba en Punta Miquillo.

Había dejado el coche en la carretera, a unos cuatrocientos metros de distancia, y se había dirigido hacia el extremo de la punta a pie, mirando por todos lados.

Sólo que no había nada que mirar.

Cielo, mar, rocas y algunas pequeñísimas calas de difícil acceso desde el interior, pero en las que se podía desembarcar llegando con una pequeña embarcación.

De todos modos, el lugar no debía ser muy popular, y ni siquiera

agradable para los amantes de la soledad, puesto que no había por allí el menor signo de vida.

De nuevo perplejo y comenzando a sentirse irritado, Morgan Morgan se sentó en una de las rocas y se quedó mirando hacia el mar.

Un mar sereno, tranquilo, de límpidas aguas azules. No se veía ni siquiera una diminuta cresta blanca. Contemplado desde allí, con los pies muy cerca del agua, parecía una hermosa lámina refulgiendo bajo el muy agradable sol de febrero.

Tan agradable, que Morgan Morgan se acomodó mejor y se dijo que era un buen momento para dedicarlo a broncear su guapísimo rostro. Lo de guapísimo no era una opinión estrictamente personal, sino que Morgan había llegado a convencerse de ello después de que muchísimas jovencitas se lo habían asegurado con verdadero entusiasmo.

Mientras tomaba el sol y recreaba su vanidad con estos recuerdos, Morgan Morgan fue derivando hacia la actualidad. Y la actualidad era que habían matado a un colaborador del SAG, y él, uno de los mejores agentes, estaba posiblemente perdiendo el tiempo en una solitaria playa, mientras los asesinos de José Calatrava Fuentes seguían tramando aquello que había impelido a Calatrava a acudir a Pedro Olmos para que solicitase la visita de un SAG.

Estos sombríos derroteros estaban siguiendo los pensamientos de Morgan Morgan cuando tras él, y por encima de las rocas en las cuales se estaba apoyando, le pareció oír una voz. Volvió la cabeza, pero no pudo ver nada. Y en aquel mismo instante volvió a oír otra voz diferente. Las palabras llegaron con extraordinaria nitidez hasta él:

—Éste es el mismo sitio, y ya no tenemos nada que temer.

—Bien —dijo una tercera voz—. Vamos a comprobar inmediatamente la máquina y larguémonos. Creo que deberíamos haber buscado otro sitio.

—¿Por qué habíamos de hacerlo? Sabemos ya que no se nos va a molestar, y este sitio, precisamente, es el mejor. Nunca viene nadie por aquí.

Al oír esto, Morgan Morgan, que ya estaba intrigado por la primera parte de la conversación, indeciso entre dar a conocer su

presencia o no, tomó rápidamente la decisión de no hacerse ver. Permaneció donde estaba, inmóvil, mientras tras él oía crujir algunos guijarros bajo la presión de unos zapatos.

El sonido se fue alejando más, hacia su derecha, de tal modo, que Morgan comprendió que los tres hombres que acababan de llegar estaban desplazándose hacia una de las pequeñas calas de difícil acceso.

Difícil acceso, pero que los tres hombres estaban dispuestos a conseguir. Cuando, convencido de que se hallaban de espaldas, Morgan asomó la cabeza por encima de las rocas, vio a dos de ellos. El primero ya debía estar descendiendo, y los otros dos le estaban tendiendo una caja de madera por cuyo tamaño se podía calcular que cabía un objeto del tamaño de una guitarra.

La voz de uno de los hombres llegó atenuada, pero nítida hasta él:

—Ten mucho cuidado. Este tipo de aparatos son muy delicados, Van Voren.

—Descuida, Wong Tao. Sabemos muy bien lo que tenemos que hacer.

—Sigo pensando que hay sitios más cómodos que éste —dijo el tercer hombre, que era el que estaba más erguido y vuelto de espaldas a Morgan.

—Deja ya de refunfuñar —le amonestó el llamado Van Voren—. Ya estamos aquí, y si Wong Tao dice que es el sitio adecuado, no hay más que hablar.

—Bueno, puede que sea el sitio más adecuado —replicó el otro —. Pero bien sabéis que hubo que tomar medidas drásticas al respecto.

—Tonterías —cortó Van Voren—. Y deja ya de buscar discusiones, Roscoe. Vamos, descendamos la máquina para que Wong Tao la sujete.

—Yo voy a bajar por este lado y ayudaré a Wong Tao. ¿Te parece bien?

—De acuerdo.

Desde su discreto observatorio, Morgan Morgan vio cómo, en efecto, el llamado Roscoe desaparecía también de su vista y quedaba solamente ante él, siempre de espaldas, Van Voren. Éste acabó de entregar la caja a Roscoe y Wong Tao, y acto seguido

desapareció también por el pequeño acantilado, tras echar un rápido vistazo alrededor. Pero por supuesto, Morgan Morgan incluso había previsto esto, y ya se había ocultado antes de que Van Voren se volviese siquiera.

Cuando Morgan Morgan volvió a mirar ya no vio a ninguna de los tres hombres.

El silencio era completo. Solamente el mar murmurando suavemente contra las rocas.

Decidido a saber lo que tramaban aquellos tres hombres, e intuyendo por sus palabras que posiblemente tuviesen algo que ver con la información que José Calatrava Fuentes pensaba proporcionar al SAG, Morgan Morgan decidió cambiar de posición.

Casi diez minutos más tarde llegaba a otro lugar, desde el que podía ver con toda comodidad lo que ocurría en la pequeña cala a la que habían descendido Wong Tao, Van Voren y Roscoe. Efectivamente, había un chino, lo cual encajaba con el nombre de Wong Tao.

Desde su nuevo observatorio, Morgan Morgan se quedó mirando asombrado aquella máquina que indudablemente habían sacado desmontada del interior de la caja. Era una máquina que a simple vista podía parecer una ametralladora. Una extraña ametralladora de corto y grueso cañón, del cual salían media docena de tubos que podían parecer cañones de fusil o rifle. Es decir, que se aproximaba a la forma y diseño de ametralladoras antiguas.

El aparato estaba montado sobre un trípode metálico, y apuntaba hacia el mar. Colocado ante él de cara al mar y sujetando la base del arma, donde se hallaba el disparador, el chino se disponía a hacer funcionar aquel aparato, fuese lo que fuese.

Desde su puesto de observación, Morgan Morgan captó la tensión de los tres hombres. Ya no hablaban ni discutían. Estaba tan cerca que cualquier palabra que hubiesen pronunciado la habría oído perfectamente.

Van Voren y Roscoe contemplaban al chino llamado Wong Tao, que en aquel momento se erguía detrás de la máquina. O bien no había disparado, o si había disparado había algo que no funcionaba bien y por tanto no se había producido resultado alguno.

La voz de Van Voren llegó, siempre nítidamente, hasta Morgan Morgan:

—¿Has disparado, Wong Tao?

—Sí. He disparado. Pero parece que la máquina sigue sin funcionar. Tendremos que marcharnos otra vez sin haberlo conseguido, y seguir trabajando en ella.

—¿Estás seguro de haber disparado? —preguntó Roscoe—. Yo no he visto nada.

—Claro que he disparado. Pero como ves, no hemos conseguido resultado alguno.

—Bueno —intervino otra vez Van Voren—, yo creo que…

Van Voren ya no dijo nada más.

Su mirada estaba fija en Morgan Morgan. Y éste estaba tan absorto contemplando la máquina, que, si bien oía a los tres hombres, no los miraba.

Por fortuna, sí oyó la exclamación de sorpresa y sobresalto que fue la continuación de la interrumpida frase de Van Voren. Y justo en el momento en que alzaba la cabeza para ver lo que ocurría, Van Voren sacaba una pistola y señalaba hacia él, exclamando:

—¡Mirad allí!

Simultáneamente con esta exclamación, Van Voren disparaba.

La bala, disparada con precipitación, no fue, sin embargo, excesivamente desviada. Impactó con fuerza en una roca a menos de medio metro de la cabeza de Morgan Morgan, que se apresuró a protegerse mientras oía el tremolante rebote de la bala hacia el cielo.

—¡Maldita sea! —Le llegó la voz del chino Wong Tao—. Este lugar parece estar maldito para nosotros.

—Yo voy a dar la vuelta para cortarle la retirada —oyó también la voz de Roscoe.

Por supuesto, el agente del SAG había sacado también su pistola, y estaba dispuesto a demostrar que a él no le cortaba nadie la retirada. También estaba dispuesto a demostrar que acorralar a un agente del SAG era lo mismo que encerrarse dentro de una habitación con un tigre.

Así pues, lo primero que tenía que hacer era procurar controlar los desplazamientos de Roscoe. Se asomó con todo cuidado, pero en el acto varias balas rebotaron en las rocas junto a su cabeza, disparadas aún con más aproximación que la primera. Tuvo apenas una fracción de segundo de tiempo para ver a Van Voren y Wong

Tao subidos a una de las rocas que bordeaban la pequeña caleta, disparando contra él. De Roscoe no había ya ni rastro.

Lo cual llevaba al agente del SAG a la decepcionante conclusión de que sí era posible acorralarlo.

De todos modos, tenía un camino para escapar de aquella trampa formada por tres hombres armados. El único camino: el mar.

Y justamente al pensar en el mar se dio cuenta Morgan Morgan de que lo estaba oyendo con más fuerza que segundos antes. El agua ya no ocasionaba un leve y sedante rumor, como limitándose a rozar dulcemente as rocas, sino que comenzaba a crujir con sorprendente fuerza.

Con tal fuerza, que incluso puñados de espuma estaban rebasando las rocas y Comenzando a caer sobre Morgan Morgan.

—Mira, Wong Tao —oyó la voz de Van Voren—. ¡Fíjate en el mar!

Oyó también la exclamación del chino, pero ya cada vez menos nítidamente, pues el mar comenzaba a emitir unos rugidos de mayor y mayor potencia a cada instante. Una ola transparente y fría rebasó tas rocas que hasta entonces habían separado a Morgan del mar, y cayó sobre él.

El agente del SAG quedó empapado en un instante. Empapado y atónito.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó.

Y aún no había terminado de lanzar esta exclamación cuando otra ola más grande y violenta cayó sobre él, aplastándolo casi dolorosamente contra las rocas entre las cuales se estaba protegiendo.

—Vámonos —oyó el grito de Van Voren—. Esto se está poniendo feo.

Muy feo.

Cada vez más, el mar se iba embraveciendo.

La tercera ola cubrió ya completamente a Morgan Morgan, dejándolo empapado y agarrado a las rocas con la fuerza de quien comprende la inutilidad de todo esfuerzo o lucha contra el mar.

Comprensión que Morgan aprovechó adecuadamente. En cuanto el agua se retiró con fuerte rugido por entre los intersticios rocosos, se apresuró a salir de aquel agujero en el que hasta entonces se

había considerado a salvo. Cuando menos, a salvo de las balas.

Salió a toda prisa y escaló un lugar más alto, mirando con ojos muy abiertos a su alrededor, temiendo la agresión de Van Voren y Wong Tao, e incluso la aparición de Roscoe.

Pero no era así.

El agua estaba ahora batiendo en la pequeña caleta en la que ya no quedaba ningún hombre. Ya casi arriba, vio todavía a Van Voren tendiendo la extraña máquina a Wong Tao, mientras Roscoe, seguramente llamado por éste, aparecía a su lado y le ayudaba a recogerla.

Contemplando su mojada pistola, Morgan se preguntó si estaría en condiciones de ser utilizada. Y como no tenía más que un medio de comprobarlo, recurrió a éste. Alzó el arma, apuntó hacia los tres hombres y disparó.

El estampido del arma resultó ridículo en comparación al poderoso bramido del mar, que estaba ahora lanzando grandes olas contra las rocas, a los pies de Morgan Morgan.

La bala disparada por éste, tal como era su intención, había impactado en las rocas a la derecha de Van Voren, pero no había conseguido su propósito, y era que éste se asustase lo suficiente para soltar la máquina y apresurarse a escapar. Por el contrario, Van Voren aceleró su marcha de tal modo que cuando, tras disparar y escapar de una nueva ola aún más grande que las anteriores, Morgan Morgan se puso otra vez a salvo, los tres hombres habían desaparecido.

Por supuesto, llevándose la máquina.

Sin pensarlo dos veces, Morgan Morgan se lanzó en su persecución. Pero le llevaban una considerable ventaja. No sólo en distancia, sino en la facilidad que presentaba el terreno que recorrían ellos para llegar a la carretera y la dificultad del que tenía que recorrer Morgan para llegar al camino.

Una vez allí, el agente del SAG echó a correr hacia la carretera. Los casi cuatrocientos metros que habían hasta allí los recorrió en poco más de un minuto, pero cuando llegó, todo lo que pudo ver fue el polvo levantado por un coche que se alejaba, como una mancha oscura envuelta en aquella dorada polvareda.

En el mismo instante en que Morgan Morgan sacaba las llaves de su coche alquilado, dispuesto a perseguir el vehículo que escapaba,

se daba cuenta de que no iba a poder ni siquiera intentarlo.

La rueda derecha trasera de su coche estaba reventada a balazos.

—¡La tal que os parió! —masculló Morgan.

Por supuesto, era absurdo pretender que podía cambiar la rueda y partir en persecución de aquellos sujetos, así que optó por regresar hacia la costa para asegurarse de que no había soñado.

Cuando llegó de nuevo a la rocosa costa, el mar estaba calmándose.

Calmándose tan rápidamente como se había embravecido minutos antes. Morgan Morgan no salía de su asombro. Había visto el mar liso y en calma hasta el punto de que parecía una lámina refulgiendo al sol. De pronto, se había embravecido hasta el punto de que para que aquellas olas le alcanzasen a él en su refugio de las rocas tenían que haberse elevado no menos de tres o cuatro metros.

Y en el tiempo que él había tardado en ir hasta la carretera y volver, el mar se estaba calmando de nuevo.

Tan sólo dos minutos más tarde, el agente del SAG Morgan Morgan se preguntaba si todo aquello había sido realidad o sueño.

¿Había sido realidad que había visto a tres sujetos, uno de ellos chino, portando una extraña máquina, y que ahora el mar estaba calmado después de unos minutos de furia?

¿Había soñado que le habían disparado?

¿Había soñado…?

—¡Al demonio! —masculló Morgan Morgan—. Claro que no he soñado nada de nada. Lo mejor será que regrese al hotel y me ponga en contacto con el jefe…

CAPÍTULO III

A decir verdad, Morgan Morgan llegó al hotel Santo Nombre de un humor más bien pésimo. Sin embargo, este malhumor se disipó considerablemente cuando en el vestíbulo vio sentado y haciéndole señas a Pedro Olmos.

Se dirigió directamente hacia él, y se sentó en una butaca cercana a la del enlace-residente del SAG en Puerto Rico.

—¿Qué tal, don Pedro? —saludó.

Pedro Olmos sonrió simpáticamente.

—Muy bien, señor Morgan. He venido personalmente porque me he pasado la mañana llamándole al hotel y me han dicho que no había modo de localizarle. Como el asunto me parecía urgente, pues… aquí me tiene.

—Sí, ya lo veo —sonrió Morgan—. Gordito y orondo como todo un melón gigante. Y no se lo tome a mal. Es que a mí la fruta fresca me gusta mucho, don Pedro.

—Je, je —rió Pedro Olmos—. Bueno, señor Morgan, el asunto que me trae aquí es referente a la fotografía que usted tomó y que he estado examinando.

—Ah, estupendo. ¿Ha llegado a alguna conclusión?

—Sí, señor. Juraría que el dibujo que el pobre José Calatrava hizo antes de morir corresponde a un saliente rocoso al este de San Juan. Es un lugar llamado Punta Miquillo.

—¡Qué me dice usted! —Abrió mucho los ojos Morgan—. Formidable información, don Pedro.

El puertorriqueño frunció el ceño y se quedó mirando un tanto hoscamente a Morgan. De pronto sonrió y señaló la indumentaria del agente del SAG.

—No quisiera pasarme de listo, señor Morgan, pero juraría que

acaba de darse un buen baño de agua salada.

—Más o menos —admitió Morgan.

—Bueno, ¿y ese baño no lo habrá tomado usted quizá en Punta Miquillo?

—Verdaderamente, don Pedro, usted es un colaborador inteligente. He estado en Punta Miquillo. Y allá me he bañado de un modo… digamos interesante. Pero puesto que usted debe tener mucho trabajo en su tienda y ya me ha demostrado que es un colaborador eficaz y yo tengo necesidad y deseos de darme un baño con agua dulce…, ¿qué le parece si damos la entrevista por finalizada?

—Como usted guste —se puso en pie Pedro Olmos.

Morgan Morgan le imitó.

—No pretendo ser brusco, señor Olmos. Es sólo que realmente estoy muy incómodo. Y, por otra parte, estoy pensando que va a ser muy conveniente para ambos que no volvamos a vernos. Si decidiese lo contrario, yo le avisaría a usted personalmente. Y cuando digo personalmente, don Pedro, digo «personalmente», o sea, tiene usted que verme a mí, no sólo oír mi voz. ¿Está claro?

—Sí, señor Morgan. ¿Ocurre algo? ¿Puedo yo ayudarle de algún modo?

—Ya lo ha hecho —aseguró Morgan—. Adiós, amigo mío. Hasta la vista.

—Adiós, señor Morgan.

Pedro Olmos salió del hotel muy satisfecho en el fondo, ya que pese a la mezcla de brusquedad y simpatía del representante del SAG en Puerto Rico, era fácil comprender que había aprobado su labor localizando Punta Miquillo.

En cuanto a Morgan Morgan, comenzó a caminar hacia la conserjería para pedir su llave, cuando de pronto vio algo que lo dejó clavado en el suelo.

Clavado de verdad.

Clavado como si de pronto, gruesos clavos, hubiesen atravesado sus pies impidiéndole dar un solo paso más.

Allá, a muy poca distancia de la butaca que él había ocupado, había varias más bien distribuidas en torno a una mesita en la que había revistas y periódicos.

En una de esas butacas, sentada con una revista en las manos y

mirándole por encima, había una muchacha. Una muchacha rubia, de grandes ojos azules, y boquita sonrosada que estaba en aquel momento abierta en un gesto de lo más parecido al pasmo absoluto.

Tras un instante de estupefacción, Morgan Morgan se acercó a la muchacha, se inclinó, pasó una mano por encima de la revista, y colocando un dedo bajo la fina y redonda barbilla de ella, la alzó, cerrando así la boca.

—Cierre la boca, preciosidad. Ya sé que verme a mí es una experiencia única en la vida, pero con esto de abrir la boca, como con otros gestos, hay que tener mucho cuidado. Si un gesto se mantiene durante mucho tiempo, se hace crónico. Y a mí me parece que estar con la boca abierta mucho tiempo, es de tontos.

La muchacha, que había comenzado a fruncir el ceño, consiguió inesperadamente una burlona sonrisa. Señaló a Morgan Morgan de arriba abajo, y dijo:

—Pues a mí me parece que aún es más de tonto bañarse vestido, señor.

—¡Atiza! —exclamó Morgan—. Resulta que la gatita tiene uñas.

—No soy ninguna gatita, pero usted sí parece un gorrión mojado.

Ahora fue Morgan Morgan quien frunció el ceño. Se sentó en una butaca después de arrastrarla hasta colocarla frente a la de la contestataria joven, y dijo:

—No hay peor gatita que la que enseña las uñas cuando no es necesario. Vamos a ver, preciosa: ¿la he molestado a usted en algo?

—No. Pero me parece usted un tipo de lo más fanfarrón y antipático.

De nuevo se quedó Morgan con la boca abierta en un gesto verdaderamente exagerado. Tuvo que ser él mismo quien, apoyando una mano debajo de la barbilla, cerrase la boca. Luego dijo:

—Tiene ante usted, preciosa, nada menos que a Morgan Morgan.

—Ah… ¿Y quién es ése?

—Ése, soy yo. O sea el tipo más guapo, simpático y audaz que pueda usted encontrar en el planeta Tierra. Fíjese si soy guapo y reguapo y simpático y resimpático que en mí todo está por partida doble. Empezando por el nombre, claro. Cuando nací, como mi padre se apellidaba Morgan, no había duda al respecto del apellido. Pero, claro, el nombre ya era todo un problema para mis

progenitores. Había que encontrar un nombre perfecto, que encajase con mi cabellera rubia.

—Perdone… —le interrumpió amablemente la muchacha—. Cuando nació usted, ¿ya tenía esa cabellera rubia, señor Morgan?

—Sí, por supuesto. Pero menos rizada. Actualmente, he solucionado el problema con unos cuantos rizadores que me envían directamente de París.

—Ah, ya. Bueno, siga usted. Estaba hablándome de que tenían que encontrarle un nombre adecuado a su belleza y a su rubia cabellera.

—Sí. Bueno, más o menos la cosa sucedió como sigue… Buscando un nombre que encajase con mi arrolladora belleza masculina recién ofrecida al mundo, mis padres estaban a punto de volverse tarumbas, cuando mi madre, que como todas las mujeres, era más lista que su marido, encontró la solución. Puesto que estaba enamorada de mi padre y mi padre también era un tipo guapetón y casi tan atractivo y rubio como yo, ella le propuso que de nombre me pusieran igual que el apellido. Lo cual era decir que yo era guapo por partida doble. ¿Comprende usted, pimpollo? Es decir, que cada vez que usted me vea y hable conmigo y diga «señor Morgan Morgan», será lo mismo que si usted dijese «guapo guapo». ¿Alguna duda?

—Pues no. La única duda que tengo al respecto es la de que usted y yo tengamos mucho que conversar, señor Morgan Morgan.

—Bueno…, esto vamos a dejarlo al tiempo. ¿Va a permanecer durante unas largas vacaciones en Puerto Rico, señorita…, señorita…?

—Lili. Lili Chambers. Y estaré en Puerto Rico sencillamente el tiempo que me plazca. Y que por supuesto a usted no le interesa, señor Morgan Morgan.

—Puede que a mí no me interese usted. Pero yo sí le intereso a usted.

—Está bromeando —rió la muchacha.

—De ninguna manera. Si no le intereso…, ¿por qué me estaba usted mirando tan fijamente con la boca abierta?

—Ya se lo he dicho. Me pareció usted un pobrecito gorrión al que le habían echado un cubo de agua encima.

—Me parece que me está usted mintiendo, señorita Chambers.

De todos modos, y pese a que me gusta un horror y me agradaría dedicarle mucha parte de mi tiempo, no es posible en estos momentos. Ocurre que tengo un problema. Y yo no soy hombre que deje por resolver los problemas para dedicarme a tonterías.

—Eso quiere decir que yo a usted le parezco una tontería.

—Pero encantadora —sonrió Morgan—. Lo cual es muy diferente de una tontería fea.

—Muy amable —dijo Lili Chambers; y quedó un instante pensativa antes de proseguir—: Dígame una cosa, señor Morgan: ¿por qué se ha dirigido usted a mí? ¿Por qué me está hablando? ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Nada. Simplemente la he visto, me ha gustado, y he venido a decirle que en cuanto solucione el problema que tengo entre manos, usted y yo vamos a ligar a lo grande. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Es muy fácil —aseguró Lili Chambers—. Si es invierno, me encontrará usted donde haga calor y si es verano donde haga frío. ¿Lo ha comprendido, señor Morgan?

—No. Pero la cita queda en pie. Y no se aleje demasiado de mí de todos modos, porque acaba de convertirse usted en la mujer de mi vida.

—Y eso, ¿qué quiere decir exactamente, señor Morgan?

—Morgan Morgan —corrigió Morgan Morgan.

—Oh, sí. Perdone usted, señor Morgan Morgan. ¿Qué quiere decir con eso de que me he convertido en la mujer de su vida?

—Quiere decir solamente que a partir de este instante para mí no existe más mujer en el mundo que Lili Chambers. Y supongo, claro está, que para usted no existe en el mundo otro hombre aparte de Morgan Morgan.

—Me parece que voy a dedicarme a reflexionar seriamente sobre ello. Buenos días, señor Morgan Morgan.

—Preferiría que me dijese usted, buenas noches. Pero al amanecer. —Morgan Morgan guiñó un ojo—. ¿Comprende?

—Me parece que sí —enrojeció violentamente Lili Chambers—. La conversación ha terminado.

—Pues sí —asintió Morgan—. Porque tengo necesidad de darme un baño y ponerme uno de mis excelentes trajes cortados de acuerdo a mis maravillosas formas anatómicas. Hasta luego, única mujer de mi vida.

Morgan Morgan se dirigió, por fin, a conserjería, donde pidió la llave y encargó que le pusieran en contacto con cierto número de Washington.

Luego, subió a su *suite*, se desvistió rápidamente, y tras colocar las ropas resecas y acartonadas en un ángulo del cuarto de baño, se dispuso a tomar cuando menos una relajante ducha.

En ese momento sonó el teléfono.

Morgan fue al dormitorio y tomó el auricular.

—¿Sí?

—Buenas tarde, señor. Sí, soy yo, desde San Juan. Es sobre el negocio que vine a concretar aquí. Resulta que nuestro intermediario ha sido puesto fuera de combate por la competencia. Lo cual quiere decir que no podremos contar con él en lo sucesivo.

—No, no, Yo voy a quedarme aquí, pues, aunque nuestro residente para negocios locales no está muy al corriente de las gestiones que estaba realizando el representante, creo haber conseguido por mi propia cuenta determinadas informaciones que podrían ayudarme a resolver satisfactoriamente el asunto.

—No, no. Con esto tiene usted suficiente, señor. Solamente quería que supiera que voy a quedarme aquí unos cuantos días. Pero, desde luego, nuestro residente, por conveniencias comerciales, no va a conferenciar más conmigo. Lo hemos decidido así, de común acuerdo, dadas las circunstancias en que fue retirado de la circulación nuestro representante móvil.

—Exactamente, señor. Salvo que surgiese algún otro negocio que requiriese inexcusablemente mi intervención en otro lugar, le agradecería que me permitiera usted quedarme en San Juan. No es que quiera hacer de esto una cuestión personal, pero me gustaría pasarle la factura a quienes nos han privado de la colaboración de un representante tan eficaz como era el que nos han birlado.

—Exactamente. Sí, señor, sí, exactamente. De acuerdo, señor. Muchas gracias. Adiós… Hasta la vista.

Morgan Morgan colgó el auricular, y, obtenido ya el permiso por parte de su jefe para quedarse en San Juan y buscar a quienes habían matado a José Calatrava Fuentes, regresó al cuarto de baño.

Diez minutos más tarde se había duchado y se encontraba en un estado de ánimo bastante más accesible. Como era lógico, su jefe había entendido perfectamente que habían asesinado a José

Calatrava. Y había entendido también a la perfección que Morgan Morgan no estaba dispuesto a dejar que los asesinos escapasen impunemente.

Mientras se ponía un grueso albornoz, Morgan Morgan reflexionaba sobre el hecho de que no había comentado con su jefe la existencia del chino Wong Tao y los sujetos llamados Van Voren y Roscoe. Esto podía ser una imprudencia por su parte, ya que si a él le ocurría algo, el SAG quedaría definitivamente sin ninguna pista.

Decidió informar a su jefe de esto por un método muy sencillo. Escribir con una sencilla clave esta información en una tarjeta postal y enviársela a Washington.

Allí mismo, en la *suite*, habían varias tarjetas pósales a disposición de los clientes. Postales que, en su mayor parte, ofrecían vistas del hotel Santo Nombre, pero también otras en las que aparecían los lugares más interesantes turísticamente de San Juan, como por ejemplo, el Castillo del Morro.

Morgan Morgan eligió una de estas últimas, y en menos de cinco minutos, mientras fumaba un cigarrillo, redactó unas sencillas frases de saludo que adecuadamente descifradas en la Central del SAG, pondrían a su jefe en antecedentes de la existencia de Wong Tao, sus amigos, y de la extraña máquina que al parecer había agitado el mar.

Puso la postal dentro de un sobre, escribió la dirección en éste, y cuando estaba pensando que no disponía de sellos para cursar la misiva, sonó la llamada a la puerta.

Distraído todavía con la reciente redacción del mensaje cifrado, Morgan Morgan fue hacia la puerta con total tranquilidad. Sólo cuando estuvo delante se detuvo de pronto, y sus ojos se entornaron por un instante.

Se colocó a un lado de la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

Al otro lado oyó claramente una dulce voz de mujer:

—Servicio del hotel, señor. Hay un recado para usted.

—Está bien —aceptó Morgan—. Páselo por debajo de la puerta, por favor.

—No es posible, señor —oyó una risa—. Son flores.

Morgan Morgan quedó estupefacto por un instante. Luego, abrió la puerta, y en efecto vio ante él un gran ramo de flores.

—¡Atiza! —exclamó—, veo que en este hermoso lugar saben apreciar la belleza y la apostura varonil. Naturalmente, está usted buscando a Morgan Morgan.

El ramo de flores se apartó y apareció el bellísimo rostro de una jovencita china. Un rostro bellísimo, incluso más que el de las flores que lo rodeaban. Pero, la pistola con silenciador que aparecía por entre las flores y bajo la barbilla de la muchacha disminuyó muchísimo la belleza de ésta y de las flores.

—Por supuesto que sí, señor Morgan —sonrió la chinita—. Todo lo que traigo es única y exclusivamente para usted.

—Pues, la verdad, no sé si alegrarme —sonrió torcidamente Morgan.

—¿Tiene usted la bondad de retroceder, señor Morgan?

—¿No podría volver en otro momento? Ya ve usted que estoy en albornoz y no me parece correcto…

—No se preocupe por eso —sonrió amablemente la chinita—. No soy exigente en cuestiones de etiqueta. Retroceda, por favor, o le meto ahora mismo tres balas en la cabeza.

Morgan Morgan comprendió que la broma era solamente de palabras y de sonrisas, pero que si se las quería dar de gracioso o de listo la chinita no iba a vacilar en dispararle. Y por la firmeza con que empuñaba la pistola, no parecía que necesitase lecciones sobre cómo apretar un gatillo.

Retrocedió, pues. La muchacha entró sin perderlo de vista, y con un pie golpeó la parte baja de la puerta, cerrando tras ella. Luego, bajó el ramo de flores, que quedó sostenido en su mano izquierda, mientras en la derecha quedaba solamente la imponente pistola con silenciador.

—Siga usted retrocediendo, señor Morgan. Hacia el cuarto de baño, por favor.

—Acabo de ducharme ya —musitó Morgan.

—Es usted una persona muy limpia. Lo celebro. Pero la limpieza nunca está de más. Hay días en que yo me baño tres veces.

—Sí, ya se nota, je, je —sonrió de nuevo torcidamente Morgan.

—¿Se nota? ¿En qué?

—Pues, está usted bastante palidita, querida. Digamos, un poco amarillenta. Eso debe ser de tanto lavarse.

Un vivo destello como una negra llamarada pasó por los

oblicuos ojos de la china. Movió la pistola con un gesto enérgico, y Morgan Morgan comenzó a retroceder hacia el dormitorio. Mientras lo hacía, y sin saber por qué, pensó bruscamente en la bellísima rubia llamada Lili Chambers que había conocido hacía poco en el vestíbulo del hotel.

Con ella había bromeado, iniciando su táctica que él llamaba «aproximación por tontería». Era una táctica tan desconcertante que cuando la víctima comenzaba a darse cuenta de lo que le estaba sucediendo, ya se hallaba en brazos de Morgan Morgan.

Con Lili Chambers quizá esta táctica hubiese podido dar resultado algún día, pero con la chinita que caminaba manteniendo la distancia y siempre apuntándole al centro del pecho con la pistola, no parecía que el plan de la tontería fuese a dar resultado alguno.

—Naturalmente, señor Morgan, está usted solo en la *suite*.

—No. Estoy con mi conciencia.

—Ah. ¿Es buena compañía?

—Bueno… A veces me remuerde un poco, pero ¡qué le vamos a hacer! Supongo que todos tenemos conciencia, y que no nos queda más remedio que tolerarla. ¿Usted tiene conciencia, señorita…? ¿Cómo se llama?

—Puede usted llamarme Mai Li… durante el poco tiempo que le queda de vida…

—En realidad, ya me estaba temiendo que usted no venía precisamente a hacerme la manicura.

—Muy gracioso. Si no fuese por cierto pequeño detalle, señor Morgan, ya estaría usted muerto.

—¿Como José Calatrava? —murmuró Morgan.

—Pues sí. ¿Conocía usted a ese señor?

—Un poco. Digamos que era una especie de colaborador en el negocio al que me dedico habitualmente.

—Ya. Bueno, ocurrió que el señor Calatrava era un hombre con unas narices muy largas y unos ojos muy saltones. Quiero decir que tenía buen olfato y demasiada vista.

—¿Lo mató usted misma?

—Tuve ese pequeño placer. Pero los hombres como el señor Calatrava resultan un tanto aburridos de matar. Cuando una les apunta con la pistola, solamente saben adoptar una expresión

asustada en la que se vislumbra con toda claridad un grandioso terror a morir.

—¿Y no es ésa mi expresión?

—No. Seguramente usted tiene tanto miedo como él, pero estoy segura de que se esforzará un poco más en disimularlo.

—Haré lo posible por no defraudarla.

—Muy amable, señor Morgan. Pero vamos al motivo de que esté soportando su charla, esto es, al motivo por el que usted no está muerto ya. ¿Tomó usted alguna fotografía en Punta Miquillo?

—Quizá.

La chinita ladeó la cabeza y entornó los ojos. Por su parte, Morgan Morgan estaba comprendiendo lo que había ocurrido con respecto a José Calatrava Fuentes. Era evidente que éste había descubierto, quizá por casualidad, a Wong Tao y sus dos amigos en Punta Miquillo, y que sus extrañas maquinaciones o quizá sus contactos con personas que Morgan no conocía, le habían hecho sospechar que estaban dedicados a actividades que podrían interesar al SAG.

Fuera como fuese, José Calatrava había descubierto algo que le pareció interesante. Entonces, fue a avisar a Pedro Olmos para que éste, a su vez, pidiera a la Central del SAG que enviara a un agente. Mientras tanto, José Calatrava, que no había querido compartir su secreto con Olmos, volvió a Punta Miquillo, donde Wong Tao y los otros debieron volver en sus sucesivas pruebas de aquel artefacto que parecía una ametralladora. Y como había sucedido con él mismo, Wong Tao, Roscoe y Van Voren le habían visto. José Calatrava había podido escapar, pero Wong Tao y los demás habían comprendido que, al contrario que él, que Morgan Morgan, estaba desarmado, y tras seguirle hasta su cabaña, habían simulado que no lo tenían localizado para enviar luego, con seguridades de conseguir su objetivo, a Mai Li.

Y Mai Li, la asesina de José Calatrava según ella misma había confesado, se disponía a continuar trabajando en su interesante profesión.

—Me parece que usted no entiende, señor Morgan —susurró por fin Mai Li—. Si no contesta a mi pregunta va a pasarlo bastante peor que José Calatrava.

—¿Peor que morir? —se sorprendió Morgan.

—Hay cosas bastante peores. Comprenderá usted que si nos hemos molestado en localizar su coche, y consiguientemente a usted, no ha sido para perder el tiempo.

—Debo admitir que no son de los que lo pierden: me han localizado muy rápidamente. ¿Cómo ha sido posible?

—Wong Tao vio que su coche era de alquiler, llamo a la agencia cuyo distintivo está en el coche y allí le dijeron que el vehículo en cuestión había sido alquilado a un tal Morgan Morgan, alojado en el hotel Santo Nombre.

—¡Caramba, pues sí que sabe pensar el chinito de los bigotes!

—Señor Morgan, es usted una persona que no sé si definir como simpático, valiente o irritante. En lo que a mí respecta su actitud me está impacientando y disgustando. Por lo tanto, si antes de tres segundos no ha contestado usted a mi pregunta, lo mataré. Y la pregunta es: ¿tomó usted fotografías de Wong Tao o los otros o la máquina, en Punta Miquillo?

—Bastantes fotografías —mintió Morgan Morgan.

—Pues lo siento por usted —la chinita alzó más la pistola y apuntó a la cabeza del agente del SAG—. Adiós, señor Morgan: feliz viaje hasta reunirse con José Calatrava.

CAPÍTULO IV

Morgan Morgan extendió una mano hacia Mai Li con gesto suplicante.

—¿Puedo esperar de usted una última gracia, bella chinita?

—No, señor Morgan. No puede usted pedir nada.

—Sólo se trata de que detestaría morir en una situación digamos poco elegante. Voy a rogarle sencillamente que me permita desnudarme y tumbarme en la cama. De este modo podrán escoger para mi entierro un traje serio y ponérmelo sin haber tenido la molestia de quitarme el albornoz lleno de sangre.

—Ya basta de tonterías —dijo fríamente Mai Li—. La conversación ha term…

Efectivamente, la conversación había terminado.

Pero no porque Mai Li lo decidiese así, sino porque Morgan Morgan tomó por su propia cuenta esta decisión. Salto hacia adelante como si quisiera rodar hacia las piernas de Mai Li, y cuando ésta bajaba la pistola para apuntar al rubio agente especial, Morgan Morgan se desvió hacia un lado, apoyando la mano izquierda en el suelo, y sus dos piernas formaron una tijera que sujetó las de la muchacha. Un simple giro hacia su derecha y Morgan Morgan derribó con la violenta presa de judo llamada Kani Basami a la chinita Mai Li, la cual gritó y soltó la pistola cuando cayó primero sentada y luego de espaldas por la fuerza de la caída, golpeando su cabeza contra el suelo.

El impacto fue tan fuerte que toda su cabeza resonó, y por unos instantes se llenó de miles de puntitos luminosos que describían unos agitados círculos. Cuando vino a darse cuenta, Mai Li tenía sentado sobre su vientre a Morgan Morgan, el cual sonrió amablemente y, al mismo tiempo que le daba un pellizquito en la

barbilla, se interesó:

—¿Cómo está mi chinita?

Mai Li cerró los ojos. Todavía sentía dentro de su cabeza como un extraño retumbar que parecía que fuese a reventarla de un momento a otro. Estiró los párpados y sacudió un poco la cabeza, consiguiendo que la visión cuando menos se normalizase.

Y sí.

Efectivamente.

Allá estaba el rubio personaje al que poco más de un segundo antes estaba dispuesta a matar.

—Me parece que mi chinita se ha quedado mudita —sonrió Morgan Morgan—. O quizá sea que está atontadla por el golpecito que ha recibido en su cabecita. De manera que vamos a solucionar eso dándole una buena duchita.

Sonriendo, pero con un frío destello en sus claros ojos, el agente del SAG se puso en pie tirando de un brazo de Mai Li. La llevó al cuarto de baño, y sin contemplaciones de ninguna clase de un manotazo la tiró dentro de la bañera. La muchacha cayó rodando en ésta, golpeándose ahora en pleno rostro contra la blanca superficie. Y antes de que tuviese tiempo de reaccionar, Morgan había abierto el grifo del agua fría, que cayó con rumoroso sonido sobre la bella oriental.

Mai Li lanzó un gritito de sobresalto, giró en la bañera, y se puso rápidamente en pie. Su boca estaba abierta en busca de aire, y sus ojos desorbitados, buscando por donde escapar de aquella molesta situación.

Pero no había escape posible.

Ante ella, siempre muy sonriente y muy amable, estaba el agente de SAG, que de pronto cerró el grifo.

La lluvia rumorosa dejó de caer sobre la cabeza de Mai Li, que no sabía ni siquiera cómo reaccionar. Morgan Morgan le tendió una toalla, y dijo:

—Si quieres puedes secarte y salir de la bañera. Como aún no estás muy empapadita de agüita no vas a pillar ningún resfriadito. Ahora bien, si no estás dispuesta a colaborar conmigo en agradecimiento a mi simpatía y buenos modales, no sólo te romperé la carita, sino que volverás a la bañerita a tomar otra duchita. Bien, ¿qué eliges?

—¿Qué es lo que quieres de mí? —murmuró Mai Li, comenzando a secarse.

—Pues sólo quiero que me digas qué clase de artefacto era aquel que tu amigo Wong Tao estaba utilizando en Punta Miquillo.

—No lo sé. De verdad que no sé qué clase de aparato es ése. Wong Tao me contrató para que viajase con él por si había necesidad de eliminar a alguien. Pero la cuestión del aparato es completamente desconocida para mí.

—Algo tienes que saber sobre ese chisme, pequeña chinita.

—Poca cosa. Sólo sé que Wong Tao entró en contacto hace tiempo con un europeo, y que se lo compró. El europeo le dijo a Wong Tao que el aparato aún no estaba listo para funcionar, pero Wong Tao tenía mucha prisa por poseerlo y dijo que no importaba. Se conformó con que el vendedor le diese unas últimas instrucciones para acabar de montar el aparato. Luego, una vez tuvo las instrucciones en su poder, mató al europeo.

—Pues mucho me está pareciendo que Wong Tao es una persona desagradecida, pequeñaja. Y me parece que está recibiendo un justo castigo a su perversa maldad oriental. ¿Quizá te disgusta que hable de maldad oriental?

—No. Como usted es ahora quien domina la situación, puede hablar de lo que guste, señor Morgan.

—Exacto. Veo que eres una chica lista. Bueno, sal ya de la bañera y vamos a conversar tranquilamente en la cama…, pero no te hagas ilusiones. He dicho solamente conversar. Conque camina y ve pensando en si te conviene estar de mi parte o recibir tres balazos en las tripitas.

—Haré lo que usted me diga, señor Morgan.

—Ya. Eres muy complaciente, ¿verdad? De todos modos lo que voy a pedirte es tan sumamente fácil que no se me ocurre por qué motivo habrías de negarte, respecto a Wong Tao, como estábamos diciendo, ha tenido su justo castigo, pues según entiendo tiene bastantes dificultades para que la máquina funcione. ¿No es así?

—Las tenía. Precisamente hoy usted ha podido comprobar que su funcionamiento ha comenzado. Por lo que han hablado Wong Tao y los otros parece que usted vio los efectos que causaba esa máquina.

—Bueno…, la verdad es que sólo vi que apuntaban hacia el mar

con un trasto que parecía una vieja ametralladora y que poco después el mar se agitaba violentamente. ¿Se trata de eso?

—Ya le he dicho que no lo sé, señor Morgan. Yo sólo sé lo que ellos hablan delante de mí, pero nunca me dan explicaciones concretas.

—Está bien. Ahora vamos a hacer una cosa. —Morgan se inclinó a recoger la pistola de la chinita—. Te vas a sentar ahí, en el borde de la cama, y vas a estarte quietecita mientras yo me visto para salir a la calle. Soy un tipo atlético, ¿no te parece?

—Sí —se desconcertó Mai Lí—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque quiero que sepas con toda seguridad que si echas a correr hacia la puerta para escapar, yo te alcanzaré, pues soy velocísimo como un rayo. Y por supuesto, mucho más guapo que un rayo. Aparte de eso, y admitiendo la posibilidad de que me sorprendieses por un segundo y tú fueses también una chica rápida, no creo que lo seas más que una bala. ¿Me comprendes, pequeña pequinesa?

—Sí.

—Okay. Puestas así las cosas, siéntate, y si quieres ver a un hombre realmente apuesto no me pierdas de vista, cariño.

Morgan Morgan se quitó tranquilamente el albornoz, fue al armario y sacó ropa que fue dejando sobre la cama. La pistola quedó dentro del armario; por lo tanto, fuera del alcance de Mai Li.

La cual, ciertamente, estaba contemplando, estupefacta, a Morgan Morgan. Como si no pudiera creer que un sujeto que a primera vista parecía tonto y que incluso hablaba como si lo fuese, tuviese una musculatura tan impresionante.

Pero más impresionante que la musculatura le parecieron de pronto a Mai Li los ojos de Morgan Morgan, cuando alzó su mirada hacia ellos. Morgan Morgan la estaba mirando fijamente, con una seriedad y profundidad tal que Mai Li vio con tanta nitidez la inteligencia y la mentalidad implacable de aquel hombre, que en el acto, al verse mirado a los ojos, volvió a sonreír como el más divertido de los *playboys*.

—¿Verdad que te gusto, cariño mío? Pues esto no es nada. Los domingos y durante las vacaciones, con la alegría de no tener que trabajar, aún estoy mucho más guapo.

—¿Eso es posible, señor Morgan? —Acabó por sonreír Mai Li.

—Vaya que sí. Una vez, en Miami, tuvo que intervenir la policía, porque se me ocurrió pasear a la hora del aperitivo por Collins Avenue, y las mujeres organizaron tal tumulto que no sé cómo pude escapar ileso. Imagínate, cariño mío, que se juntaron tras mis talones no menos de cinco mil damas, después de dejar tirados por las aceras y parterres a sus maridos. Fue algo espantoso. De verdad, no quisiera volver a vivir esa experiencia.

—Es usted un hombre… desconcertante, señor Morgan.

—Desconcertante, ¿por qué?

—Hace unos segundos yo estaba realmente decidida a matarle. Y ahora, usted me está hablando como si eso hubiese sido un sueño o una broma.

—Sé perfectamente que no ha sido ni un sueño ni una broma. Pero ocurre que estoy acostumbrado a relacionarme con personas que en un momento u otro deciden matarme. Y como soy tan buen muchacho, procuro no guardarles rencor a ninguno. Eso sí, siempre hago lo posible para evitar que cumplan sus perversos deseos. Por otra parte, ya sabes que está muy mal matar a los demás, Mai Li.

—Bueno… Cada uno se gana la vida como puede.

—Pues, hijita, yo creo que puestas así las cosas podrías haber elegido un camino más agradable para tus víctimas.

—¿Qué camino? De todas maneras, si habían de ser víctimas…

—Bueno. Pero una cosa es ser víctima tuya en la cama, por ejemplo, que ser víctima tuya en un ataúd. Vamos, comprenderás que la diferencia es considerable.

—Me parece, señor Morgan, que usted se está burlando de mí.

—¿Sabes que para ser china eres muy lista? Pero no debo sorprenderme. A fin de cuentas, desde hace años tengo la convicción de que la mayor parte de la cultura y conocimientos humanos provienen de China.

—Es usted muy amable con mi raza.

—Sólo hago justicia. Aunque hay que tener en cuenta que según otras lecturas que me han apasionado, los chinos adquirieron a su vez muy buena parte de su cultura de la India. De donde se desprende, concluimos, solucionamos, que la cultura del ancho mundo que disfrutamos proviene de la India. ¿Se te ocurre algo que oponer a esto, bella cantonesa?

—No. Y antes me llamó usted pequinesa, señor Morgan.

—Bueno, ¿qué más da Cantón que Pekín? A fin de cuentas, todo está en China. Hijita, yo creo que al final todo estará en China. Porque mira que sois chinos y chinos y chinos… El día menos pensado, ¡paf!, os decidís a emigrar, y entonces invadís el mundo. Y claro, una vez hayáis invadido el mundo, diríais que el mundo ya no se llama Tierra, sino China simplemente. Lo que no sé cómo solucionaríais sería lo de los ojos, porque a mí esto de los párpados oblicuos no acaba de gustarme mucho.

—A todo se acostumbra uno.

—Pues es verdad. Si tú te has acostumbrado a matar a otras personas para vivir, supongo que yo podría acostumbrarme a tener los párpados más o menos oblicuos. Pero ¿qué me dices de la piel amarilla? ¿Eh? ¿Qué me dices de la piel amarilla, pequeña sanghanesa?

—Eso sería cuestión de tiempo. Los chinos, al ir procreando con mujeres de otras razas, poco a poco irían imponiendo su color.

—Pues sí que me has fastidiado. Bueno, ya estoy hecho un maniquí de elegante. Mírame bien: ¿encuentras algún defecto en mi apostura incomparable, inimitable y etc.?

—No. Está usted guapísimo. De verdad.

—Pues eso quiere decir que ya podemos salir a la calle. Ahora, fíjate bien en lo que te voy a decir, pequeña nankinesa. Vamos a salir los dos de aquí como buenos amigos. Tú irás a mi izquierda, agarradita de mi hercúleo y encantador brazo. En el mismo momento en que una de tus manitas se suelte de mi brazo, yo sacaré la pistola, tu propia pistola que llevaré en el bolsillo, y te descerrajaré un tiro en el pescuezo. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—De acuerdo. Pues pongamos los motores en marcha. Iremos a ver a Wong Tao. ¿Dónde está exactamente?

—Está afuera, esperando en un coche para recogerme cuando yo salga de matarlo a usted.

—Bueno. Supongo que al verme vivo comprenderá que no estoy muerto. Qué tontería acabo de decir, ¿verdad? Pero, en fin, de alguna manera hay que explicar las cosas.

—No se preocupe, señor Morgan. Se le entiende todo.

—Muchas gracias, jovenzuela. Vámonos ya.

Morgan Morgan y la chinita Mai Li salieron de la *suite* que

ocupaba el norteamericano, y descendieron al vestíbulo del hotel. Apenas llegar allí, Morgan Morgan vio a la preciosísima rubia llamada Lili Chambers, que le estaba mirando con los ojos muy abiertos. Sólo que ahora la muchacha no estaba sola. Junto a ella había un hombre.

Es decir, había un tipejo. Porque a Morgan Morgan, un sujeto que era más bien bajito, gordinflón, casi completamente calvo, y que por supuesto desconocía los benefactores efectos del sol, no podía ser más que un tipejo. Se acercó primero al mostrador a dejar la llave de su *suite*. Y luego se dirigió hacia donde Lili Chambers, recuperada ya de su inicial pasmo al verlo acompañado de tan bella chinita, simulaba no verlo mientras conversaba con el tipejo.

—Hola, Lili, amor de mi vida —saludó alegremente Morgan Morgan—. ¿Cómo te va la vida?

Lili Chambers dejó de conversar con el correctísimo caballero que a Morgan le pareció un tipejo, y miró al agente del SAG.

—Sea usted tan amable de no molestar, señor Morgan. Estoy ocupada.

—Ocupada, ¿en qué?

—No debe andar usted muy bien de la vista. Estoy segura de que su acompañante ha visto que hay alguien conmigo.

—¿Te refieres a este señor tan simpático? ¡Claro que lo he visto! ¿Cómo está usted, señor Chambers?

El hombre se puso en pie, sonriendo tímidamente.

—Muy bien, señor Morgan. Pero no me llamo Chambers.

—¿Ah, no? Entonces, ¿no es usted el padre de la mujer de mi vida?

—¿El padre de quién?

—De la mujer de mi vida. De Lili, la rubia, la preciosa, la encantadora, la bellísima Lili.

—Pues no —rió el hombrecillo—. No soy el padre de Lili. Soy…

—Al señor Morgan, es decir, al señor guapo guapo, no le interesa lo que seamos nosotros. Buenas tardes, señor Morgan.

—Caramba, qué genio. Y todo ello, ¿por qué?

—Le ruego que se retire. Estoy sosteniendo una conversación que merece todo mi interés.

—De acuerdo. Tú te lo pierdes. En vista de que te lo estás tomando tan mal, quizá opte por casarme con la chinita. Se llama

Mai Li, y como puedes observar es guapa a rabiar. Claro que no es rubia. Pero a fin de cuentas, no sólo van a ser guapas las rubias. Adiós, encantadora Lili, mujer de mi vida, luz de mis ojos, alegría de mis sueños. —Morgan Morgan se alejó, echando besos con la mano derecha—. Adiós, querida mía, adiós para siempre, adiós…

Cuando estaba ya camino de la puerta, Morgan Morgan oía todavía la mal contenida risita del caballero que acompañaba a Lili Chambers. La cual, desde luego, no reía, y además estaba sofocadísima por la indignación. En cuanto a Mai Li, pese a lo comprometido y peligroso de su situación, miraba sonriendo a Morgan Morgan, que parecía la genuina representación de los tontos internacionales.

—¿Esa mujer tiene algo que ver con usted, señor Morgan? —preguntó Mai Li.

—Para desgracia suya, todavía no. Pero no tardará mucho en perseguirme. Ya verás como dentro de poco entrará a formar parte del tumulto mujeril que me perseguirá por las calles de San Juan de Puerto Rico. Ahora, para variar de tema, dime dónde está el coche con tu congénere amarillo en su interior.

—Ya deben habernos visto salir. Y seguramente se apresurarán a escapar.

—No lo creo. Wong Tao no puede ser tan tonto. Si se escapa te deja a ti en mi poder, y como es lógico lo mínimo que conseguiré de ti será que me digas dónde puedo encontrarlo. Es decir, dónde tiene su guarida. Y si yo fuese él, preferiría que la entrevista se realizase en terreno neutral, lo cual significaría que cuando menos mi enemigo no conocería mi guarida. ¿Está claro?

—Sí, señor. Lo que me pregunto es si Wong Tao lo entenderá así… Aunque me parece que sí, porque ahí se acerca su coche.

—Esperemos que tu amigo Wong Tao sea lo bastante listo también para comprender que si me presento aquí en tu compañía, dominando la situación, es que estoy dispuesto a entrar en negociaciones.

—Sé que Wong Tao es listo. Pero no sé lo que puede llegar a pensar en determinado momento.

—Pues será mejor para todos que… ¡cuidado!

Morgan Morgan gritó su advertencia cuando, dentro del coche que se acercaba, percibió el brillo de algo que conocía muy bien. Un

brillo que sólo podía corresponder a un arma. Y entonces, al mismo tiempo que gritaba, Morgan Morgan empujaba fuertemente a Mai Li, derribándola y saltando él hacia el lado opuesto al que caería la chinita.

El coche de Wong Tao, que se hallaba entonces a irnos diez o doce metros, aumentó repentinamente la velocidad.

Se oyó el fuerte rugido del motor y el chirriar de los neumáticos en el asfalto. El vehículo comenzó a rodar con gran potencia, para disponerse a pasar por delante de la marquesina del hotel Santo Nombre.

Y por supuesto, mientras todo esto sucedía y Mai Li y Morgan Morgan rodaban por el suelo, el arma que el agente del SAG había vislumbrado un instante antes, apareció en la ventanilla.

Inmediatamente, junto a esta primera apareció otra arma. Y todavía girando en el suelo como queriendo ser rebasada por el vehículo que había aumentado de velocidad, Morgan Morgan vio también la faz de Wong Tao. Junto al rostro del chino apareció el de Van Voren. Y debajo de ambos, sendas pistolas que apuntaron hacia ellos.

Los silenciosos disparos sonaron muy apagadamente bajo el ardiente sol de la tarde. Se oyó con mucha más fuerza, en cambio, los impactos de las balas contra el suelo, y, sobre todo, sus tremolantes rebotes, que se perdieron tañendo con fuerza hacia el cielo.

Cuando Morgan Morgan perdía ya el impulso, y llevaba por fin la mano en busca de la pistola que le había arrebatado a Mai Li, vio a ésta que se incorporaba rápidamente e iniciaba su acercamiento al coche de Wong Tao.

—¡No! —gritó el agente del SAG—. ¡No, Mai Li!

La chinita, por supuesto, no le hizo ningún caso.

Echó a correr hacia el coche de su compatriota Wong Tao, convencida de que el vehículo se detendría para recogerla, y rescatarla por tanto de las manos del agente del SAG.

Pero sucedió precisamente no lo que deseaba Mai Li, sino lo que temía Morgan Morgan. Un temor lógico. Un coche lanzado a esa velocidad, no podía detenerse fácilmente. Y si se detenía, implicaba que sus ocupantes que ya habían agredido a Morgan Morgan, quedarían a su vez a tiro de la pistola que empuñaba éste. Por lo

tanto, era una ingenuidad por parte de Mai Li creer que el coche se iba a detener solo para beneficiarla a ella.

No.

No se detuvo.

El coche continuó aumentando la velocidad, y los disparos, ahora, fueron dirigidos contra Mai Li.

Inmediatamente, mientras la chinita parecía arrancada del suelo por un vendaval, las cabezas de Wong Tao y Van Voren desaparecieron hacia el interior del vehículo, contra el cual estaba ya disparando Morgan Morgan.

Las balas dieron en la portezuela, en la parte de atrás, e incluso un par de ellas penetraron dentro del coche por la ventanilla. Pero Morcan Morgan comprendió que no había conseguido ningún resultado práctico, puesto que el coche continuó su velocísima marcha y desapareció con agudo chirriar de neumáticos por la próxima esquina.

El agente del SAG lanzó una imprecación tremenda, que no encajaba en absoluto con su habitual modo sonriente y despreocupado de comportarse. Se puso en pie, y corrió hacia donde había caído Mai Li, cuatro o cinco metros alejada de él. La muchacha yacía sobre la acera, boca abajo, con una pierna doblada y los brazos extendidos por encima de su cabeza en una extraña postura que por sí sola ya fue reveladora para Morgan Morgan.

Se arrodilló junto a Mai Li, y con gran cuidado le dio la vuelta.

Todavía no estaba muerta.

Los grandes, negros, hermosos ojos de Mai Li, quedaron fijos en el purísimo azul del despejado cielo puertorriqueño. Había en ellos un destello de perplejidad, una lejana y profunda lucecita de desconcierto absoluto.

En el suelo habían quedado manchas de sangre, y sobre el pecho de Mai Li otras manchas de sangre se iban extendiendo, empapando cada vez más la ropa. Estaba ocurriendo con la asesina de José Calatrava lo mismo que había ocurrido con éste: la sangre formaría una sola mancha que se secaría y formaría una oscura costra de muerte.

Un gemido, casi un silbido, brotaba de la entreabierta boca de Mai Li, que seguía contemplando el cielo azul de Puerto Rico.

—Mai Li… —musitó Morgan Morgan—. Puedes oírme, ¿verdad?

Los ojos de la chinita se desviaron lentamente hacia el agente del SAG. Y hubo en ellos un lento parpadeo.

—Sí… —Brotó apenas audible la voz de Mai Li—. Le oigo, señor Morgan.

—Espero que estés comprendiendo la realidad, pequeña pequinesa. Han sido tus propios amigos quienes han disparado contra ti. Y te aseguro que no ha sido por error.

—Lo sé… Lo he… comprendido… muy bien, señor… Morgan…

—Créeme que lo siento. Supongo que alguien está llamando ya una ambulancia, y que la policía no tardará en aparecer por aquí. Pero, francamente, preveo un futuro muy corto para ti, Mai Li.

—Yo tampoco creo… que vaya a vivir mucho… mucho tiempo, señor Morgan.

—De acuerdo. Y ahora veamos qué tal razonas. Los que decían que eran tus amigos, te han matado. Yo, estaba destinado a morir en tus manos, pude matarte y ni siquiera te golpeé. ¿Ves alguna diferencia entre tus amigos y yo, Mai Li?

—Sí…, sí, señor Morgan…, la veo…

—Gracias. Y ahora, dime, Mai Li: ¿dónde puedo encontrarlos?

—Coco… nut… Coco… Hawai… Coc…

Esto fue todo.

Se quedó súbitamente quieta, inerte. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Morgan Morgan. Era…, había sido el último privilegio de la asesina profesional Mai Li: contemplar el rostro del tipo más varonil y guapísimo del mundo. Sólo que Morgan Morgan, en esta ocasión no habría aceptado ninguna de sus habituales bromas respecto a su guapeza.

Cerró los ojos de la chinita, y la depositó cuidadosamente en el suelo. Cuando se incorporó, todavía con las pistola de ella en la mano, muchos curiosos se habían acercado y contemplaban la escena.

Uno de los curiosos era Lili Chambers, que, como otras muchas personas, había salido del hotel después de que el peligro había pasado. La muchacha contemplaba poco menos que horrorizada a Morgan Morgan, que tenía una pistola en una mano y unas manchas de sangre en la otra. También Morgan Morgan la vio, pero no hizo gesto alguno que implicase reconocimiento.

Simplemente, el agente del SAG se dirigió hacia el interior del

hotel. Estaba oyendo la llegada de un coche policial, pero no tenía el menor deseo de conversar con la policía.

De todos modos, sabía que era inevitable que la policía lo buscase a él en el hotel en cuanto escuchase las primeras informaciones que recibirían de los curiosos.

Muy bien.

Pues que fuesen a buscarle al hotel.

CAPÍTULO V

Gil Morales, capitán del departamento de policía de San Juan de Puerto Rico, entró en la habitación donde esperaba Morgan Morgan.

Éste, sentado en un sillón y fumando apaciblemente, dejó de contemplar el sol de las primeras horas de la tarde a través de la ventana, y dirigió una interrogante mirada al policía.

—¿Y bien? —musitó.

—Todo en orden, señor Morgan. Comprenderá usted que debíamos asegurarnos de todo cuanto usted nos dijo. Nuestra obligación era en principio traerlo a usted al departamento de policía y…

—No se preocupe, capitán. Ha hecho lo que debía hacer. Espero que desde Washington le hayan dado a usted todas las explicaciones y aclaraciones pertinentes.

—Sí, señor. Y naturalmente, estoy a la disposición de usted.

—Muchas gracias. Ante todo, debemos proceder a buscar el coche de ese chino del que ya le he hablado. Ya le di a usted la matrícula, que esta vez pude ver cuando se alejaba del hotel. Considerando que estamos en una isla que no es precisamente Australia, podemos tener esperanzas de que ese coche sea hallado…, digamos pronto.

—Haremos todo lo posible, señor Morgan. De todas maneras, comprenda usted que si alguien quiere esconder un coche, hay muchos sitios donde hacerlo. Si como es lógico, esos hombres que buscamos comprenden que para localizarlos tenemos que partir del coche, lo más probable es que escondan éste en un lugar seguro. Yo mismo, por ejemplo, puedo esconder mi coche en un garaje, en un granero, o tirarlo dentro de un lago, o cualquier otra cosa, de tal

modo que pasaría mucho tiempo antes de que el vehículo fuese encontrado.

—Sí. Sí. De acuerdo. Le comprendo a usted, capitán. Pero nosotros no podemos cruzarnos de brazos sólo porque pensemos que Wong Tao y sus amigos van a pensar que estamos buscando el coche.

—Por supuesto que no. Ya he dado orden de que sea buscado, en realidad. También, como es lógico, daremos orden de que sean vigilados los muelles y el aeropuerto. Los guardacostas serán avisados, a fin de que cualquier embarcación que sea vista alejándose de la isla, reciba orden de detenerse para ser registrada en busca de un chino o los dos hombres cuya descripción nos dio usted. En fin, se procederá como es habitual y esperamos que obtengamos buenos resultados.

—Ojalá sea así. Bien, me pregunto qué es lo que puedo hacer yo.

—Bueno…, podría usted, ciertamente, dedicarse a recorrer la isla con su coche, o bien abordar una de nuestras lanchas de vigilancia y dedicarse a dar paseos por el mar. Pero en uno y otro caso no creo que su aportación personal en la búsqueda resulte demasiado importante. Tenga en cuenta que ya habrá muchos hombres buscando a esos sujetos, y que usted quizá puede dedicarse a una labor que pudiera proporcionar mejores resultados. Como, por ejemplo, estudiar el mapa de la isla y reflexionar sobre las diversas posibilidades que tienen esa gente de escapar.

—Bueno. De momento sé que no tengo deseos de perder el tiempo buscando a Wong Tao y sus amigos. En mi opinión, o han salido ya de la isla por cualquier medio, o no saldrán hasta dentro de bastantes días, cuando ellos comprendan que estamos cansados y decepcionados de buscarlos. Claro que no es fácil adivinar lo que va a hacer otra persona, pero, cuando menos, eso es lo que haría yo.

—Pues si ya se han escapado de la isla, resultará que todos mis hombres han estado perdiendo lastimosamente el tiempo.

—Lo siento, pero eso no puedo evitarlo, capitán. Bien, me voy al hotel y seguramente no me moveré de allí durante el resto del día de hoy. Si hubiese cualquier novedad, por insignificante que parezca, sea tan amable de avisarme allí.

—Descuide, señor Morgan. Le avisaré.

—Gracias de nuevo, capitán. Hasta la vista.

—¿Quiere que lo lleven en uno de los coches de la policía?

—No, no. Prefiero ir caminando hasta allí. Caminar y pensar encaja muy bien. Y pensando, pensando, ¿quién sabe?, quizá se me ocurra algo que acelere el hallazgo de Wong Tao y sus amigos.

Morgan Morgan salió del Police Department, pensando que no debía subestimar la inteligencia de Wong Tao. Un hombre que ya había tenido dificultades con José Calatrava, y que posteriormente había seguido yendo a Punta Miquillo, debía tener cuando menos una razonable seguridad de que si las cosas llegaban a ponerse mal podía escapar en cualquier momento con rapidez y sin temor a ser detenido. Es decir, que Wong Tao no iba a ser encontrado, seguramente. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Qué otra pista tenía?

Pues sí. Tenía en realidad otra pista, pero Morgan Morgan no estaba seguro de haber entendido bien las últimas palabras de Mai Li.

Si las había entendido bien, la muchacha había hablado de Coconut y de Hawai. Lo de Hawai lo entendía. Era un sitio como otro cualquiera. Es decir, no como otro cualquiera, sino una bella isla en pleno Pacífico.

Pero ¿había algo que se llamase Coconut Hawai? Porque Mai Li había dicho Coconut y Hawai. Coconut, o sea, «coco», no tenía para Morgan Morgan ningún significado especial. Hawai era un lugar. Entonces, ¿qué podía significar «coco» Hawai, o sea, Coconut Hawai?

Pensando sobre esto, el agente del SAG continuó caminando hacia su hotel. Cuando llegó a éste, había tomado dos decisiones. Una de ellas consistía en dejar las cosas como estaban, es decir, que la policía y Patrullas de Caminos se dedicasen a buscar por tierra firme al chino y sus amigos, mientras que las lanchas guardacostas lo cían por el mar. También sabía que el aeropuerto estaría vigilado. Por ahí todo estaba en marcha, y él, realmente, no podía aportar gran ayuda al sistema que el capitán Gil Morales ya debía estar montando. Pero lo que sí podía, hacer él personalmente era procurarse un mapa de las Hawai.

¿Otra vez un mapa?

Bien, ¿por qué no? Hawai era un sitio que existía, y Mai Li lo había mencionado. Entonces, ¿por qué no procurarse un mapa lo

más detallado posible de las islas Hawai y ver si allí existía en cualquiera de esas islas un lugar llamado Coconut Hawai?

* * *

Durante el resto de aquel día y los dos siguientes, Morgan Morgan se dedicó en primer lugar a procurarse un mapa de las Hawai, en el cual estuvo buscando la existencia de una localidad o lugar llamado Coconut.

El mapa era completísimo. Le había sido facilitado por Gil Morales. Quien a su vez lo había obtenido de la Cámara de Comercio, que distribuía mapas de todos los lugares de Estados Unidos con fines turísticos, y, generalmente, detallados al máximo.

Pero no existía en todas las islas Hawai un solo lugar llamado Coconut.

Esto lo supo Morgan Morgan en realidad al cabo de unas pocas horas de examinar el mapa y de acudir a una biblioteca en busca de otros que pudieran estar más detallados e incluso de llamar al Servicio de Cartografía Nacional de Washington pidiendo esta información.

No había nada que hacer.

Coconut, o Coco, no constaba para nada en las Hawai.

Así pues, abandonando esta labor que le resultaba fatigosa y aburrida, Morgan Morgan asistió al día siguiente al sepelio de José Calatrava.

Naturalmente, en cuanto se vio precisado a relacionarse de un modo directo con la policía local presentándose como agente del SAG, y considerando que la situación con respecto a Wong Tao se había cuando menos definido, Morgan había informado a Gil Morales de la presencia del cadáver de José Calatrava en la choza de éste.

El cadáver había sido recogido y llevado al depósito. Para su identificación se recurrió al propio Morgan Morgan, y a algunos amigos que procuró Pedro Olmos cuando Morgan le visitó en la tienda de artículos fotográficos para pedirle que los enviase al depósito.

El asunto fue mantenido en un discreto tono de casi silencio por parte de la policía, hecha la salvedad de la prensa, a la que no se le pudo negar una considerable parte de información. Información

que, por supuesto, no hacía referencia alguna a la extraña máquina que Morgan Morgan había visto en Punta Miquillo.

Respecto a esa máquina no le había dicho nada a nadie, ni pensaba hacerlo, por el momento. Ni siquiera a Pedro Olmos.

En definitiva, aclaradas las posiciones de todos, Morían Morgan consideró que debía acudir al sepelio de José Calatrava. Allí vio también a Pedro Olmos, pero en el cementerio no se hablaron. La ceremonia fue breve y en realidad bastante indiferente. Al parecer, José Calatrava había sido un hombre un tanto hosco y solitario, incluso un poco egoísta, a juzgar por la descripción que de él hicieron los hombres que Pedro Olmos envió para que lo identificasen. De todos modos, ya poco importaba lo que hubiese sido José Calatrava Fuentes.

El sepelio de Mai Li fue todavía más deprimente.

Efectuado al día siguiente del de José Calatrava, y tras una espera por si alguien reclamaba el cadáver de la muchacha, este sepelio tuvo solamente un acompañante: Morgan Morgan, agente del SAG.

Por lo demás, la bella asesina china llamada Mai Li fue enterrada sin que nadie, absolutamente nadie se interesase por ella. Posiblemente, las únicas personas que habrían podido hacerlo, es decir, sus familiares chinos, estaban muy lejos de Puerto Rico. Y en cuanto a Wong Tao, Roscoe y Van Voren, ni por un momento se le ocurrió a Morgan que pudiesen aparecer por allí.

Y así transcurrieron dos días en los que todo lo que hizo Morgan Morgan fue examinar unos planos, reflexionar, asistir a dos sepelios…, y convencerse de que Wong Tao y su máquina habían volado ya muy lejos de Puerto Rico.

Sin embargo, puesto que su jefe no lo requería para ningún otro servicio en otra parte del mundo, Morgan. Morgan decidió quedarse hasta que fuese requerido. No quería ni mucho menos amargarse la vida porque hubiesen habido dos muertes, por el momento, en aquel asunto. Una de las muertes, la de su compañero del SAG, había sido vengada por los propios instigadores del asesinato, que, a su vez, habían asesinado a la asesina.

Asunto solucionado.

Así pues, valía la pena sencillamente tomar el sol mientras, ya por simple inercia, en realidad desesperanzado, Morgan Morgan

seguía pensando de qué modo podía localizar a Wong Tao.

Y ni siquiera tenía el pequeño consuelo de haberse encontrado con Lili Chambers en el hotel. Por supuesto, se había interesado por ella en la conserjería. Le dijeron que la señorita Chambers, en efecto, continuaba en el hotel, pero que pasaba la mayor parte del tiempo fuera. No poco mosqueado, Morgan preguntó si algún caballero la acompañaba o iba a buscarla. La respuesta fue que, en efecto, un caballero muy amable (y que tras ser descrito fue identificado por Morgan como el tipejo gordito y poco aficionado al sol) acudía a buscar por las mañanas a *miss* Chambers, y la devolvía por las noches al hotel en un cochazo realmente impresionante.

Mala suerte.

Morgan Morgan podía ser cualquier cosa. Guapo, listo, alto, musculoso, valiente, fenomenal…, pero no era millonario.

Y evidentemente, el sujeto en cuestión era un multimillonario que parecía ser muy del agrado de Lili Chambers. Muy bien, ella se lo perdía.

Y así hubiesen seguido las cosas durante días y días hasta que Morgan Morgan se hubiese cansado del sol de Puerto Rico, si finalmente, al cuarto día, cuando ya el tedio realmente comenzaba a ser insoportable, no hubiese llegado un mensaje de su jefe desde Washington.

El mensaje era por demás escueto… Simplemente, decía:

«Inmediatamente en Miami International Airport».

Para Morgan Morgan la palabra inmediatamente solo tenía un significado. Así que pidió su cuenta, hizo su maleta y mientras tanto, en conserjería se encargaron de conseguirle un pasaje en el primer vuelo que saliese de San Juan de Puerto Rico con destino al aeropuerto de Miami.

El primer vuelo que pudieron conseguirle a Morgan Morgan era el 435 de la American Airlines. El avión salía a las 16.35 del aeropuerto de San Juan, y llegaba al Miami International a las 19.30 horas. Es decir, que Morgan Morgan tenía tiempo de pasar a despedirse de los amigos que había hecho durante su estancia en San Juan. Era norma en él. Pasara por donde pasase, Morgan Morgan, agente del SAG, siempre dejaba detrás de él buenos amigos. En esta ocasión fueron Gil Morales, capitán del Police Department, y un hombrecillo gordito y simpático llamado Pedro Olmos y que

en la isla pasaba por ser un modesto y tranquilo comerciante que tenía una modesta tienda de artículos fotográficos.

Una vez se hubo despedido de estas dos personas, Morgan Morgan, simplemente, se trasladó al aeropuerto, donde se instaló en el bar tomando un refresco dispuesto a esperar la hora de salida.

* * *

Morgan Morgan decidió ir a tomar otro refresco.

Pero esta vez no ya en el bar del aeropuerto, sino en el bar del avión en el que estaba efectuando el viaje. Hacía ya más de media hora que se habían desabrochado los cinturones después de despegar, y durante este tiempo Morgan Morgan había estado soportando la interminable conversación de una dama ya más que madura.

Lo peor que tenía la dama en cuestión, no era que hablase, sino que hablaba tantísimo que el charlatán Morgan Morgan no podía meter maza, lo cual lo tenía supermosqueadísimo. Así que, a la menor oportunidad consiguió introducir precipitadamente unas cuantas palabras:

—Maravillosa descripción, *miss* Lorigan. Y ahora, permítame… Voy un rato al bar. No quisiera molestarla con el humo de mi cigarrillo.

—Pero si no me molestaría en absoluto, señor Morgan.

—Es usted muy amable, pero precisamente por lo amable que es no quiero abusar de usted. Hasta dentro de unos minutos *miss* Lorigan.

Sin dar tiempo a la charlatana *miss* Lorigan a disuadirle, Morgan Morgan salió al pasillo del avión, orientándose hacia popa, dispuesto, efectivamente, a ir al bar y fumar allí en paz y silencio un cigarrillo.

O dos.

O tres… Porque la verdad era que no tenía la menor intención de regresar junto a *miss* Lorigan. Ante tan agradable perspectiva, cuando Morgan Morgan se volvió hacia el fondo del pasillo, estaba sonriendo.

Y su sonrisa quedó como petrificada en su boca.

Quedó realmente atónito, estupefacto, maravillado, incrédulo.

Quedó como filien de pronto ve que sus sueños se convierte en

realidad, simplemente.

—¡Atiza! —gritó a pleno pulmón—. ¡Pero si está aquí la mujer de mis sueños!

Tres filas de asientos más atrás, sentada junto a una dama de edad mediana, Lili Chambers había alzado la cabeza sorprendida y sobresaltada ante aquellos berridos entre los cuales había oído con toda claridad su nombre. Al ver a Morgan Morgan sus ojos se desorbitaron un instante. Luego, se dio cuenta de que todas las cabezas estaban vueltas hacia ella, y captó perfectamente las sonrisillas de amable ironía que había en todos los labios. Entonces, Lili Chambers se sofocó visiblemente.

Pero todavía se sofocó más cuando Morgan Morgan se abalanzó hacia allí con ambos brazos tendidos, y aullando:

—¡A menos que esté soñando, aquí está la bellísima e inigualable Lili Chambers! ¡Hola, cariño! ¿Qué es de tu vida?

En algunas filas de pasajeros se escucharon risitas mal contenidas. Lili Chambers, sofocada, roja de verdad como el más maduro de los tomates, seguramente se habría tirado por la ventanilla si hubiese tenido la menor oportunidad de hacerlo. Pero, como tal oportunidad no existía, y realmente se hallaba acorralada, decidió afrontar valientemente la situación.

—Se está confundiendo usted, señor. No le conozco.

Morgan Morgan se quedó con los brazos tendidos hacia ella y de nuevo un gesto estupefacto en su pecoso rostro.

—¿Cómo que no me conoces? —aulló—. ¡Pero si soy el hombre con el que sueñas todas las noches!

Esta vez la carcajada en la clase turística del gigantesco «Boeing», fue colectiva. Morgan Morgan, como el payaso que acaba de conseguir un formidable éxito, miró alrededor, sonrió de aquel modo tan irresistiblemente simpático, y guiñó un ojo.

Lili Chambers, cada vez más roja, movió negativamente la cabeza.

—Está usted confundido. Y le aconsejo que se compre unos buenos lentes, señor.

—Vamos, vamos, nena, no seas arisca. Mira, precisamente ahora iba al bar a tomarme un pequeño piscolabis. Ven conmigo, y mientras refrescamos el cuerpo te hablaré de amor y así refrescaremos también el espíritu.

—Usted está loco —se indignó ya furiosamente Lili Chambers—. Haga el favor de no molestarme más, o avisaré al comandante.

—¿A cuál comandante? ¿Al de mi Batallón?

De nuevo risas alrededor de Morgan Morgan.

—¡Le digo que no le conozco! —exclamó Lili Chambers, poco menos que fuera de sí—. De modo que haga el favor de dejarme en paz de una vez.

Morgan Morgan frunció el ceño, y quedó un instante muy meditabundo, como haciendo suposiciones realmente extraordinarias. Por fin, encogió los hombros y dijo:

—Realmente, debo estar muy equivocado para suponer que una joven tan fea y vociferante como usted podía ser la mujer de mis sueños. Le ruego que me perdone, señorita. Decididamente, usted no podía ser nunca la mujer de mis sueños… Si acaso, la mujer de mis pesadillas. Adiós, muy buenas. Hasta nunca.

Y dejando a Lili Chambers poco menos que al borde del colapso, Morgan Morgan se dirigió efectivamente hacia el bar, donde pensaba permanecer el resto del viaje. En primer lugar, desde luego, no tenía la menor intención de permitir que su vecina de asiento le fuese llenando la cabeza de tonterías hasta hacérsela estallar como si fuese un globo, y en segundo lugar tenía un J temor muy razonable a que si volvía a ponerse delante de los ojos de Lili Chambers, ésta poco menos que lo fusilase. Y según dicen, hay miradas que matan.

Lo mejor, realmente, era refugiarse en el bar del avión y esperar allí que el vuelo terminase felizmente.

Y así fue.

A la hora prevista, esto es, a las 19.30, el «Boeing» aterrizaba en el Miami International Airport. En el aeropuerto, naturalmente, Morgan Morgan vio a Lili Chambers. Pero según todas las apariencias, ésta no le vio a él, así que haciendo gala de una discreción que quizá sorprendiese a la muchacha, Morgan Morgan no insistió en sus aproximaciones.

Aunque no fue realmente por discreción que Morgan Morgan no volvió a la carga, sino porque en cuanto apareció en el vestíbulo del aeropuerto vio a una persona que destacó entre todas para él. Lo conocía hacía bastante tiempo, y sabía que cuando aquel hombre se desplazaba de su despacho en Washington, era porque el asunto era

en verdad digno de toda consideración.

Es decir, que en aquella ocasión Morgan Morgan debería desde el principio dejar toda broma y cuchufleta a un lado y atender muy seriamente todo lo que tuviese que decirle el hombre que dirigía el Special Agents Group.

Era un hombre de mediana estatura, rostro atractivo pero sin especial relieve, y un aspecto mediocre general que por supuesto debía haberle resultado de mucha utilidad en no pocas ocasiones. Era el clásico hombre en el que nadie se fijaría dos veces. Pero, tras esta vulgar apariencia, Morgan lo sabía muy bien, se escondía una mente sagaz y capacitada para dirigir un organismo de la importancia defensiva del SAG en Estados Unidos.

Al llegar ante él le tendió la mano.

—¿Qué tal, señor? —saludó.

—Hola, Morgan —aceptó su mano el hombre—. Vamos a sentarnos en cualquier parte. ¿O prefieres que vayamos a tu hotel y te explique el asunto en el coche?

—Lo que usted prefiera, señor.

El jefe del SAG miró el gran reloj del vestíbulo del Miami International Airport, y tras breve vacilación, refunfuñó:

—¡Qué demonios! Ya estoy harto de andar siempre con prisas de un lado para otro. Voy a acompañarte al hotel donde te he reservado una habitación para esta noche, y por el camino te diré cómo están las cosas. Espero que no te importe que pase la noche contigo.

Morgan Morgan le dirigió una mirada de reojo.

—No es que me importe, señor, pero francamente creí que tenía usted otros gustos…, digamos más normales.

—Déjate de tonterías —casi sonrió el jefe del SAG—. Ya sabes a lo que me refiero. Te pondré al corriente del asunto, y cada uno dormirá en una habitación.

—Ah, bueno. Si es así le permito que disfrute usted durante unas horas de mi compañía, señor.

Poco después, cuando Morgan Morgan pasaba, sentado junto a su jefe en el coche que el SAG había puesto a disposición de aquél en el aeropuerto de Miami, vio a Lili Chambers a punto de tomar un taxi. Sin vacilar, el agente del SAG sacó la cabeza por la ventanilla, y grito:

—¡Adiós, Lili! Me voy con un hombre feo. ¡Ya ves a lo que ha conducido tu poco aprecio de mi belleza!

Y mientras Morgan Morgan se alejaba, Lili Chambers quedó una vez más sofocada y como clavada al suelo ante la salida del aeropuerto. Cerca de ella, el taxista que se hacía cargo de su equipaje le dirigió una socarrona mirada.

Y en el coche del SAG, riendo, Morgan Morgan miró a su jefe. Nada más ver su rostro la sonrisa se desvaneció.

—Bueno, señor… Creo que éste es un buen momento para hablar. Se supone que dentro de este coche no hay micrófonos, pero en el hotel podría haberlos. Ya sabe usted lo terrible que es el espionaje.

El jefe del SAG dirigió una torva mirada a Morgan Morgan. Tras asentir con la cabeza, dijo:

—Vas a tener que ir a Hawai, Morgan.

—¿A Hawai? —Morgan Morgan lo miró vivamente—. Bueno, no es ningún sitio que me desagrade, francamente. ¿Qué es lo que ha ocurrido allí que sea tan importante como para movilizarme a mí?

—En realidad, no vas a poder hacer nada —masculló el jefe del SAG—. Pero algo tenemos que intentar, y he pensado que la persona más adecuada para ese intento eres tú.

—Muchísimas gracias, señor. ¿De qué se trata, en definitiva?

—Alguien ha enviado un mensaje al Pentágono indicando que si no le pagamos cien millones de dólares va a destruir la V Flota de la U. S. Navy que patrulla en el Pacífico.

Durante un instante, Morgan Morgan creyó que no había oído bien.

—¿Destruir nada más y nada menos que la V Flota de la U. S. Navy? —exclamó, por fin.

—Sí. Al parecer, pueden hacerlo como aquel que chasca los dedos.

—Bueno… Para hacer eso hace falta tener unos dedos muy grandes, señor. ¿Y piden cien millones de dólares por permitimos seguir disfrutando de nuestra V Flota?

—Ni un centavo menos. En principio, el Pentágono consideró la posibilidad de que fuese una broma, o cuando menos que se tratase de la genialidad de un chiflado. Pero tras considerar detenidamente la cuestión, y admitiendo que cien millones de dólares no van a

causar la ruina a la Tesorería, se decidió pagar.

—Caramba, señor… Si cien millones de dólares no van a causar la ruina de la Tesorería, menos lo causaría todavía un solo millón, ¿verdad?

—En efecto —se sorprendió el jefe del SAG.

—Bueno, en ese caso podría usted pedir ciento un millones y darme a mí el que sobra de los cien. Todo seguiría igual, y yo podría comprarme unos zapatos nuevos.

—Morgan, no es ningún asunto de broma. Hay que enviar cien millones de dólares en billetes de diez mil, todo ello en un paquete perfecto, a Hawai. El dinero llegará a Honolulú y desde allí será transportado en una avioneta que lo dejará caer al mar cerca de un islote llamado Mokuoloe, al norte de la isla de Oahu. El paquete con el dinero irá bien protegido en una bolsa de plástico que deberá ser arrojada desde la avioneta al mar.

—Aun así el paquete será bastante grande, supongo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Pese a que el Pentágono ha sido advertido muy seriamente de que no debe haber nadie de los nuestros por las inmediaciones, y que cualquier acción de vigilancia o represalia repercutiría en la seguridad de la V Flota, yo he pensado que tú vayas a echar un vistazo. Y te he escogido a ti porque, aunque hablas mucho y pareces a veces un poco tonto, por no decir mucho, eres realmente el mejor hombre de que dispongo.

—Caracoles, jefe… No me diga que ahora va a pedirme cinco dólares prestados.

—Insisto en que no es cosa de broma, Morgan. Yo personalmente he asegurado que se puede confiar en ti. De modo que irás a las Hawai, te instalarás en Honolulú, y a su debido tiempo se te avisará para que estés cerca de donde la avioneta enviará al mar ese paquete con cien millones de dólares. Tienes que averiguar quién recoge ese dinero, quién es la persona que lo ha exigido.

—No parece que vaya a ser fácil, señor.

—No, pero tampoco parece posible que Morgan Morgan fracase en una misión, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho, jefe. Me voy a las Hawai, y ya verá usted como cuando regrese el problema está resuelto.

—Estoy seguro de ello. Naturalmente, interesa saber quién ha organizado este asunto que no sabemos si es una estupidez o un grave peligro. Recuperar los cien millones de dólares sería interesante, pero más interesante que recuperar ese dinero y más interesante que saber quién lo ha pedido, sería conocer en qué basa esa persona u organización una amenaza que parece tan descabellada como la de destruir la V Flota de la U. S. Navy.

—Tiene que ser un arma muy poderosa, señor.

—Tan poderosa —admitió el jefe del SAG—, que dudo mucho que pueda estar en manos de un particular. Si la amenaza la hubiese hecho Rusia, o China, o Canadá, o Inglaterra, o Francia, pues se podría admitir que tuviesen por encima del Pacífico toda una plataforma 1 llena de bombas atómicas y que en determinado mojí mentó pudiesen dejarlas caer sobre nuestra flota. Pero todo esto no me parece factible. Así que tiene que ser un particular. Un particular que, o está como una cabra, o dispone de un arma de la que hasta ahora no se ha tenido noticia alguna… ¿Estás de acuerdo?

—Por completo, señor. ¿Recibió usted mi postal?

—Naturalmente.

—Entonces, me parece que los dos estamos pensando lo mismo. Es decir que el cachivache aquel que yo vi manejado por el chino Wong Tao en Punta Miquillo puede estar relacionado con este asunto.

—Podría ser —admitió el jefe del SAG—. Aunque es un poco difícil de creer todo esto, Morgan.

—¿Por qué? Si le estuviese a usted hablando de algo que me hubiesen contado, no insistiría demasiado. Pero le estoy hablando de algo que he visto yo con mis propios ojos. Y como usted bien sabe, señor, yo puedo parecer un inconsciente, un bobo o un estúpido… pero no soy ninguna de estas tres cosas.

El jefe del SAG hizo un gesto de total asentimiento.

—De acuerdo. Descansaremos esta noche. Y mañana por la mañana partirás hacia Hawai, con escala en Los Ángeles. Tienes ya el pasaje reservado.

—Magnífico. Respecto a la entrega del dinero cerca ese islote llamado Mokuoloe… ¿Cuándo será exactamente, señor? ¿Lo sabemos?

—Lo sabemos. Dentro de cuatro días a las diez de la mañana.

—Cuatro días… Bueno, supongo que tengo tiempo suficiente para resolver el problema.

—¿Un problema tú?

—Y no haga ningún comentario, señor. Yo me entiendo y bailo solo.

El jefe del SAG se permitió una sonrisita.

—Pues algo debe andar mal en el mundo cuando Morgan baila solo. Hasta el momento, que yo sepa, siempre ñas presumido de bailar con la más guapa.

—No me hable usted, señor… Le aseguro que desde hace unos días tengo complejo de feo.

—Gravísimo problema, muchacho.

—Pero lo resolveré. Como todos, naturalmente.

CAPÍTULO VI

Sin problema de ninguna clase, el día siguiente a las 9,15 de la mañana Morgan Morgan tomó el avión que debía volar hasta Los Ángeles, donde tras hacer una escala de veinte minutos reanudaría su vuelo hacia las islas Hawai.

Cargado con su maleta y su maletín, Morgan Morgan llegó al Miami International Airport con tiempo sobrado para facturar la maleta y tomar un café en el bar. Más tarde, a la hora prevista siempre con gran apacibilidad, sin prisas, el agente del SAG se dirigía hacia la puerta que anunciaban para los pasajeros de su vuelo. Otro poco más tarde, Morgan Morgan abordaba el avión.

Como había sido de los primeros en entrar en el bus que trasladó a los pasajeros hasta la escalerilla del avión fue de los últimos en salir, y por lo tanto, en abordar el avión. Una vez en éste, se acomodó en su asiento, y justo cuando estaba a punto de abrocharse el cinturón exclamó:

—¡Oh, no! ¡Otra vez, no!

Todas las cabezas se orientaron hacia Morgan Morgan. Y una de esas cabezas enrojeció bruscamente.

—¡Dios mío! —gimió Lili Chambers.

—Oye —le gritó Morgan desde su asiento—, ¿qué has propuesto, nena? ¡Te dije que no quería verte más, así que no tiene objeto que me sigas hasta las Hawai!

Lili Chambers abrió la boca para replicar. Pero, realmente, no valía la pena, y sabía que en el terreno de la dialéctica llevaba todas las de perder. Así que se acomodó en su asiento y se dedicó a abrocharse el cinturón. Por su parte, Morgan Morgan hizo lo mismo y mientras tanto su mirada quedaba fija en el lado de la cara que veía de Lili Chambers, sentada tres filas más adelante. Morgan

Morgan no lo diría jamás, pero el asunto comenzaba a parecerle incluso inquietante. Es bien cierto que las casualidades existen en la vida, pero…, ¿tantas?

El avión despegó a la hora prevista. Poco después, los pasajeros recibieron autorización para quitarse los cinturones y fumar. Y otro poco después, la señorita Lili Chambers recorría el pasillo hacia popa, para lo cual tuvo que pasar junto al pelirrojo agente del SAG.

La muchacha miró hacia otro lado, como si Morgan Morgan no existiese. Lo cual ocasionó una sonrisita en la bocaza de Morgan. Esperó un par de minutos, se puso en pie, y partió también hacia el bar del avión.

Allí, sentada en el diván corrido ante una de las mesitas, estaba Lili Chambers tomando café. Morgan Morgan fue a sentarse a su lado, y antes de que la muchacha pudiera decir nada, la desarmó con un gesto de conmovedora súplica.

—Por favor, amor mío. No discutamos más. Yo voy a Honolulú. ¿Y tú?

—Escuche, señor Morgan…

—Vamos, no seas antipática, querubín. Nos hemos conocido, nos hemos enamorado a primera vista, nuestros caminos coinciden… ¿Qué más se puede pedir para que un hombre y una mujer vivan felices durante toda una eternidad?

—En mi opinión, señor Morgan, usted es un mal educado y un caradura.

—De acuerdo. Pero sólo cuando quiero. Cuando no quiero, resulta que soy un ser de trato exquisito… Vamos, que soy un tío estupendo.

—Ojalá fuese cierto, porque la verdad es que hacer este viaje sabiéndole a usted a bordo de este avión, va a ocasionarme una crisis nerviosa.

—No creo que haya para tanto, mujer. —Morgan le asió una mano y le dio unas palmaditas—. Ea, ea, tómatelo con calma, querida. Mira, podemos hacer un trato que será beneficioso para ambos. Tú te portas amablemente conmigo y a cambio de eso yo procuraré ser tan simpático contigo que cuando este viaje termine te arrodillarás a mis pies suplicándome que no te abandone.

—Está bien… —suspiró Lili—. Si los dos vamos a ser razonables, acepto, señor Morgan.

—Seremos razonables. Lo primero de todo es que no me llames señor Morgan, sino Morgan Morgan. O bien, Morgan a secas. Pues con un guapo me conformo. Y en segundo lugar, dime, amor de mi vida: ¿quién era el tipejo aquel que te llevaba y te traía en coche?

—En el trato no entra que yo tenga que darle a usted explicaciones.

—Mujer, bien tenemos que ir conociéndonos.

—¿Para qué? —replicó Lili—. Cuando termine este viaje nos despediremos y nunca más volveremos a vernos, Morgan Morgan.

—Ah, eso sí que no. Tengo un grave problema, y desde luego no voy a permitir que me venza. Así que ya hablaremos de esto dentro de unas cuantas horas. Mientras tanto, permíteme que me recree en la contemplación de tu belleza… Ya no estoy solo en la vida. Ya tengo alguien a quien amar hasta que la muerte nos separe.

—Señor Morgan…

—¿Qué pasa? ¿No te gusta que te amen?

—Pues, sí, pero…

—Desde luego, eres una chica rarita. Deberías estar loca de alegría por el hecho de que Morgan Morgan te haya dicho esto. En cambio, pareces preocupada. Como si tú tuvieses tantos problemas como yo. Y a propósito de problemas: ¿tienes alojamiento en Honolulú?

—Desde luego.

—Lástima. Porque, claro, ya sería demasiada casualidad que hubieses reservado habitación en el mismo hotel que yo. ¿Puedo saber en qué hotel estarás?

—En el Aloha Hotel, de Waikiki.

—Caracoles… Desde luego, sabes vivir, luz de mis ojos. Pero realmente, más vale así. Bueno, ¿qué te parece si yo anulase mi reserva en otro hotel y me mudase al tuyo?

—No —exclamó alarmadísima Lili—. ¡Por favor, no, señor Morgan!

—Si continúas llamándome señor te la vas a cargar. En cuanto a mudarme a tu hotel, puesto que no lo deseas, no lo haré. Pero desde luego eres una mujer cruel. Sabes que estoy solo en la vida, que no tengo a nadie, que nadie más que tú me quiere…, y me alejas de tu lado. ¿Qué haré yo solo y desamparado cuando lleguemos a Honolulú?

—Realmente, ¿no tiene a nadie allí? ¿Ni familia, ni amigos, nadie que pueda recibirlo o hacerle compañía?

—Nadie. Soy un pobre solitario que no tiene más compañía que la propia. Y la verdad es que hasta a mí mismo me desagrada mi compañía. En fin, tendré que resignarme a la soledad.

* * *

Teniendo en cuenta la duración total del vuelo Miami-Honolulú y considerando además la rotación de la Tierra de Oeste a Este, Morgan Morgan llegó a Honolulú ya completamente de noche. Para entonces, algo importante había ocurrido. Sencillamente, que Lili Chambers había quedado completamente a merced de la simpatía del agente del SAG.

Así que mientras se abrochaban los cinturones ya a punto de aterrizar, la muchacha insistió una vez más:

—Entonces…, ¿me llamarás cuando hayas terminado ese trabajo, Morgan?

—Claro que sí, encanto. Y mientras tanto, pórtate bien. Ya te he dicho que si te vuelvo a ver con un tipejo como aquel gordito de San Juan, a ti y a él os voy a llevar al cráter de uno de los volcanes que hay en el centro de la isla.

Lili Chambers se echó a reír.

—Ya te he dicho que era solamente mi editor —exclamó—. Fui a verlo a San Juan porque él está allí de vacaciones y me llamó para encargarme un trabajo importante a realizar en Hawai. Y durante estos días hemos estado conversando sobre cómo debía ser enfocado el asunto. Por lo demás, mi jefe es un hombre bastante mayor que yo, y sobre todo casado y con unos cuantos hijos.

—Bueno, eso no tiene ninguna importancia —dijo displicentemente Morgan Morgan—. Yo también soy casado y tengo un montón de hijos.

—¿Qué? —Respingó Lili Chambers.

—Hijita… —refunfuñó el del SAG—, es que te lo crees todo. ¿Acaso tengo yo cara de tonto?

—No… Claro que no, Morgan.

—Pues si no tengo cara de tonto, es que no estoy casado.

—¿Eso quiere decir que cuando te cases tendrás cara de tonto?

—Inevitablemente.

Veinticinco minutos más tarde, Morgan y Lili Chambers aparecían en el vestíbulo del Honolulú Airport. El agente del SAG tomó a la muchacha por los hombros, la miró atentamente a los ojos, y acto seguido, sin más contemplaciones la abrazó y la besó en los labios. Lo hizo con tal ímpetu que Lili quedó suspendida en el aire y apretada contra su pecho. Cuando la depositó en el suelo, Morgan Morgan miró con el ceño fruncido a la muchacha, y dijo, mientras la amenazaba con un dedo:

—Y recuerda: nada de buscarte tipejos que te distraigan mientras yo soluciono mis asuntos. Tú tienes que estar sólita en Honolulú igual que lo estaré yo… Ya sabes que a mí nadie me quiere en ninguna parte.

—¡Aloha! ¡Aloha! —Se oyó una voz—. ¡Bien venido a Honolulú, Morgan Morgan!

Éste y Lili se volvieron vivamente hacia donde había sonado la voz. Incluso el veterano Morgan Morgan lanzó un respingo al ver junto a ellos a la hermosísima muchacha nativa, que se acercaba a ellos muy sonriente y tendiendo un collar de flores hacia el agente del SAG.

—Atiza —masculló éste—. ¿Quién es esta preciosidad?

La encantadora hawaiana llegó ante Morgan, le colocó el collar de flores debidamente, y luego, colgándose de su cuello, le dio un suave y breve pero deliciosísimo besito.

—Bien venido mil veces a la isla, Morgan. Todas tus amigas estamos deseando que nos visites. ¡Menuda alegría tuvimos cuando nos avisaste de tu llegada!

—Pe… pero…

—Adiós, señor Morgan —dijo secamente Lili Chambers—. Espero que lo pase usted muy bien.

—Pe… pero…

—Y por favor, no se moleste usted en llamarme a mi hotel. Seguramente, no estaré.

—Pe… pero…

—Hasta nunca, señor Morgan Morgan.

El agente del SAG se desasió de los brazos de la hawaiana, y emprendió una corta carrerita en pos de Lili Chambers. La agarró por un brazo y la hizo volverse.

—Escucha, Lili. Cuando te dije…

¡Plaf!, restalló la fortísima bofetada en pleno rostro del bello Morgan. Éste soltó el brazo de Lili, se llevó la mano al lugar golpeado, y no supo hacer otra cosa que contemplar aquel par de bellísimas piernas que se alejaban de su vida. Y lamentablemente, Lili Chambers estaba tan disgustada que era poco probable que en alguna ocasión pudiera volver a atender las explicaciones de Morgan Morgan.

—¡Mi madre! —reflexionó Morgan—. ¡Vaya torta!

Se volvió hacia donde había dejado su maleta, dispuesto a colocarle una buena reprimenda a la desconocida hawaiana que le había obsequiado con un beso y flores. Pero la muchacha del beso y de las flores había desaparecido.

Durante unos segundos, Morgan estuvo inmóvil, desconcertado. Luego, miró alrededor, sin que pudiese en ningún momento ver a la hawaiana que, evidentemente, se había apresurado a desaparecer de escena. Y como todas las cosas tienen un significado en la vida, Morgan Morgan se dijo que lo que había hecho la hawaiana debía tenerlo también.

Agarró su maleta y su maletín, salió del aeropuerto, y poco después, en un taxi, se dirigía hacia el hotel donde tenía reservada una habitación.

La verdad era que no hacía falta ser demasiado listo para hacer lo que hizo Morgan Morgan. Fue palpando cuidadosamente el collar de flores, hasta que notó bajo sus dedos un suave crujido. Un instante después tenía entre sus dedos una nota en la que, en letras mayúsculas, ponía:

> «EN EL AEROPUERTO TIENE A SU DISPOSICIÓN EL HELICÓPTERO
> HB-4976
> SI LLEGA A NECESITARLO. TELÉFONO PARA EMERGENCIAS, EL HW 3119».

—Maldita sea mi estampa —refunfuñó Morgan—. Esto de ser un agente secreto no hace más que meterle a uno en problema tras problema. Como si el que ya tengo no fuese lo bastante gordo, el jefe me lo complica recurriendo a estos procedimientos de película

de espionaje. ¡Bah! Menos mal que al menos la hawaiana daba gusto verla.

Aunque, en el fondo, lo único que realmente interesaba a Morgan Morgan de la hawaiana era que realmente, en el teléfono HW 3119, hubiese alguien para atenderle en emergencias, y que el helicóptero HB4976 que estaba a su disposición en el aeropuerto, funcionase debidamente.

* * *

Funcionaba perfectamente.

Lo comprobó al día siguiente, apenas amaneció. Desde ese momento, y durante dos días, el agente del SAG, hombre que parecía un tonto simpático y dedicado la molicie, estuvo trabajando sin descanso, no sólo dio frecuentes pasadas con el helicóptero por las cercanías de la isla de Mokuoloe, sino haciendo lo mismo en lancha.

Y siempre, tomando fotografías.

Había algo que le tenía intrigado, y quería encontrar la solución anticipadamente: los cien millones de dólares tenían que ser arrojados al mar. Esto podía indicar un estúpido afán por parte de alguien para perjudicar económicamente a la Tesorería de Estados Unidos, en cuyo caso, la estupidez era doble, ya que, aparte de que nadie se beneficiaría de tan importante cantidad, lo cierto era que para Estados Unidos, no era tan importante. Cien millones de dólares, con ser mucho dinero, qué duda cabe, eran para Washington como unos centavos para Morgan Morgan.

Por lo tanto, sólo una cosa tenía sentido: allá, en el lugar donde tenía que ser arrojado el dinero, debía haber algún sistema de recogida.

Sin embargo, pese a las muchas pasadas que efectuó en lancha y helicóptero, y a las muchísimas fotografías que tomó, y que luego estudiaba minuciosamente en el hotel, Morgan Morgan no encontró nada que le orientase.

Hasta que, ya al anochecer del segundo día, apareció el yate.

Para entonces, Morgan Morgan sabía ya que sí había un lugar en las Hawai llamado Coconut. Ese lugar, era precisamente la isla Mokuoloe, llamada también Coconut Island. En esta isla había dos instalaciones que en principio llamaron la atención del agente del

SAG. Una de ellas, era la portuaria, en perfectas condiciones, pero no le dio mayor importancia tras reflexionar, habida cuenta de que había muchos lugares como aquél. La otra, era el Laboratorio Marino de la Universidad de Hawai. Precisamente esta instalación, y el hecho de que la chinita Mai Li hubiese mencionado las palabras Coconut y Hawai, sumado a las informaciones de su jefe recibidas en Miami, centraron la atención de Morgan sobre Mokuoloe, es decir, sobre Coconut Island.

Hasta que apareció el yate.

Procedía del Este, es decir, que podía llegar de cualquiera de estas islas: Hawai, Maui, Kahoolawe, Lanai, Molakai… El nombre del yate era Coconut.

Faltaban escasamente cuarenta horas para la entrega del dinero cuando el Coconut llegó a Mokuoloe y ancló en tranquilas aguas de su puertecillo. Desde su lancha Morgan Morgan lo estuvo observando, prácticamente hasta que oscureció, con la clásica rapidez tropical.

Entonces, convencido de que no podría ver más de que había visto, esto es, tres sujetos desconocidos a bordo del Coconut, Morgan emprendió el regreso a Oahu Dejó la lancha en una playita cerca de la Reserva Naval y camino tierra adentro, hasta donde tenía escondido el helicóptero, con el cual emprendió el regreso a Honolulú.

CAPÍTULO VII

Lili Chambers cerró los ojos cuando vio aparecer a Morgan Morgan en la terraza del Aloha Hotel. Los cerró como quien ve llegar el desastre y no sabe cómo evitarlo, y queda aterrado…

—¿Se encuentra mal, señorita Chambers? —preguntó el hombre que estaba con ella, ambos sentados a una mesa.

Lili abrió los ojos.

—No… No, no. Sólo un poco fatigada, señor Korvin.

—Lo comprendo —dijo el señor Korvin, que era menudo y delgado, y que vestía muy a lo tropical—. Durante estos dos días la he tenido a usted trabajando demasiado. Me parece que no he sido justo con usted… ¿Está esperando a alguien, quizá?

—Oh, no…

—Bueno —sonrió el señor Korvin—, yo diría que sí. Al menos, está mirando mucho a ese atractivo joven rubio y con pecas. Creo que ya he abusado demasiado de su paciencia, de modo que vamos a dar el negocio por terminado: puede decirle usted a su jefe que acepto el asunto.

—Le agradezco…

—No me lo agradezca a mí, sino a la presencia de ese joven que tanta paciencia ha tenido. Aunque, claro, tenía que llegar el momento en que no pudiese resistir más tiempo estar separado de una joven tan bonita como usted.

—Es usted muy amable, señor Korvin.

—Bah, bah, querida… Soy gato viejo, eso es todo.

Le voy a suplicar que me permita invitarlos a cenar. Pero no conmigo —rió el amable señor Korvin—. Dígale al jefe del comedor que todo lo que ustedes consuman esta noche en el hotel corre de mi cuenta. Con un poco de suerte, no recordará que me voy mañana

por la mañana a Papetee, y se quedará sin cobrar.

Rieron los dos. El señor Korvin se puso en pie, y tendió la mano a Lili, que la aceptó, todavía muy inquieta por la cercana presencia de Morgan Morgan… y sorprendidísima por el hecho de que éste no hubiese ya vociferado alguna inconveniencia.

El señor Korvin se alejó, y sólo entonces se acercó Morgan a la mesa de la muchacha. Se sentó ante ella, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el cercano mar, lleno de luna de color calabaza. Parecía que hubiesen dos lunas: una en el cielo, y otra sumergida en el mar, que lanzaba sus blancas olas hacia la hermosa playa de Waikiki.

Lili estaba realmente atónita. Por fin, musitó:

—¿Se ha cansado ya usted de la hawaiana, señor Morgan?

—Lili —la miró él de pronto—: tengo un problema.

—Bueno, pues lo siento mucho, pero…

—Y tú vas a ayudarme a resolverlo. A propósito: ¿quién era ese tipejo?

—¡Para usted todos son tipejos!

—Tranquilízate. Si no quieres decírmelo, está bien. Pero tienes que ayudarme a resolver mi problema.

—Ese caballero era un cliente de mi jefe —susurró Lili—. Vine aquí precisamente a convencerle de que aceptase un negocio, y por fin lo he conseguido. O sea, que ya puedo volver a San Juan, a darle el informe a mi jefe, y luego regresar a casa, a Nueva York.

—¿Sin ayudarme a resolver mi problema?

—¿Qué clase de problema?

—Correrte una juerga conmigo.

—Señor Morgan —se puso en pie Lili—: yo con usted no me corro ni la longitud de un pasillo, así que…

—Siéntate. —Morgan alargó una mano, que se cerró como una tenaza en el brazo derecho de Lili—. Primero, me escuchas. Luego, en efecto, puedes aceptar o rechazar ayudarme en mi problema.

Lilí vaciló, pero acabó por sentarse.

—No pierdo nada escuchándole —refunfuñó.

—Muchas gracias. ¿Recuerdas a la hawaiana que me recibió cuando llegamos a Honolulú?

—Con toda claridad.

—Es una amiga… —dijo muy seriamente Morgan—. Una amiga

especial. Digamos que es mágica. Ella me facilitó un número de teléfono, y me dijo que si yo tenía necesidad de algo, fuese lo que fuese, sólo tenía que pedirlo. Pues bien: hace una hora la llamé, y le pedí… ¿Qué dirías que le pedí?

—No sé… ¿Una noche de amor?

—Un yate.

—¿Le pidió usted un yate a su querida amiga? ¿Y ella se lo ha regalado?

—Más o menos. En realidad, le he pedido muchas cosas, y todas ellas me serán concedidas. Por ejemplo, en estos momentos se está organizando una formidable juerga al Norte de la isla… Me gustaría que tomases parte en la fiesta.

—Querrá usted decir en la orgía —alzó la barbilla Lili.

—Bueno —acabó por sonreír inevitablemente Morgan—, en cierto modo sí va a ser una orgía. Y ahora, escúchame atentamente, o me obligarás a amordazarte. Verás, tengo un helicóptero con el que iremos a una lancha con la que iremos a Mokuoloe, donde hay un yate llamado Coconut que…

* * *

—¿Está todo claro? —preguntó Wong Tao.

En la cámara principal del yate Coconut había cinco hombres más, aparte de Wong Tao. Dos de ellos eran Van Voren y Roscoe. Los otros tres, eran los que Morgan había visto en la cubierta del yate por la tarde, y a los cuales no conocía.

Los seis hombres estaban agrupados alrededor de una mesa rectangular, sobre la cual estaba extendido el plano de la isla de Oahu. La islita de Mokuoloe, al Noroeste, estaba rodeada por un grueso trazo de color rojo, en forma de óvalo, que llegaba desde su extremo Norte hasta la costa de la Oahu, abarcando el lugar llamado Oohope Fish Pond.

Wong Tao fue mirando de uno a otro hombre, cuyo silencio no podía ser más expresivo: todo estaba claro, evidentemente. Sin embargo, Wong Tao quiso convencerse de ello de un modo definitivo.

—Muy bien. Puesto que todo está claro, cada cual va a explicarme su parte. Empezad vosotros, Kramer.

—Sí, señor. Pasado mañana, por la mañana, llegará un avión,

que dejará caer el paquete, bien preparado para que no entre agua y pueda estropear los billetes. Nosotros estaremos ya zarpando para esa hora, exactamente las diez de la mañana. Pasaremos con el yate muy cerca de donde habrá caído el paquete con el dinero. Yo seguiré navegando hacia Kahuku Point, y luego descenderé en dirección a Kauai, donde finalmente, atracaré en el puerto de Lihue. Eso es todo lo que tengo que hacer yo.

Wong Tao asintió, y miró a Landon y Jervis. Fue el primero quien tomó la palabra por los dos:

—Nosotros saldremos del yate cuando estemos cerca del lugar donde haya caído el paquete con el dinero. Saldremos por la trampilla que hemos preparado durante toda esa semana en la popa, bajo la quilla, de modo que aunque hayan aviones o helicópteros de reconocimiento, nadie podrá saber que abandonamos el yate. Como quiera que llevaremos equipo completo de «hombre-rana», con dos tubos de aire, no tendremos la menor dificultad en descender los cuarenta metros de profundidad que hay en esa zona. Con las linternas, localizaremos el paquete, y entonces, nos dirigiremos, siempre a la máxima profundidad que podamos, no hacia el yate, ni regresaremos hacia Mokuoloe, sino que lo haremos hacia Oohope Fish Pond. La distancia a recorrer será de algo menos de una milla, y nos lo tomaremos con calma, ya que dispondremos de tiempo, y nos sobrará aire en los tubos. Ningún problema. Cuando ya estemos cerca de la playa, nos ayudaremos uno a otro a desprendernos de todo el equipo, excepto de los tubos de aire, y los dejaremos todo en el fondo, bien lastrado. Luego, en traje de baño, y con los tubos a la espalda, subiremos. Esperaremos para la descompresión, cerca de la superficie, y entonces, nos desprenderemos también de los tubos, que irán a fondo. Por fin, saldremos a la superficie, como dos bañistas cualquiera, e iremos hacia la playa, llevando sumergido el paquete con el dinero, al cual habremos atado una cuerda… Antes de llegar a la playa, Roscoe y Van Voren, que habrán estado navegando por allí con la lancha, se acercarán a nosotros, Van Voren tomará el extremo de la cuerda, la amarrará a la lancha, y seguirá navegando, mientras nosotros seguimos nadando hacia la playa, donde Van Voren y Roscoe nos habrán dejado ropa. Eso es todo, por nuestra parte.

—Magnífico —asintió Wong Tao—. ¿Van Voren?

—Nosotros navegaremos con la lancha en dirección opuesta al Coconut, por si alguien estuviese vigilando, en contra de lo convenido. Es decir, que navegaremos hacia Makapuu Point. Usted, que desde el lugar donde tiene escondido el helicóptero, nos habrá estado viendo con prismáticos, comprenderá entonces que todo ha salido bien, y volará a nuestro encuentro, para recoger el dinero y a nosotros. Si no ha ocurrido nada, volaremos hacia Lihue, donde nos reuniremos con Kramer y esperaremos a Landon y Jervis. Si ha ocurrido algo, cada cual debe escapar como pueda y acudir dentro de un mes a la cita en París.

—De acuerdo —sonrió Wong Tao—. Y aunque todo salga bien, el próximo chantaje lo haremos desde París. Con el «Maremoto» conseguiremos… ¿Qué ocurre?

Todos escucharon también. Kramer frunció el ceño al oír cada vez con más fuerza los gritos y la música.

—Iré a ver —masculló.

—Bien. Como decía —prosiguió Wong Tao—, con el «Maremoto» podemos ser, prácticamente, los amos del mundo. Y después de cobrar los cien millones de dólares les vamos a hacer una demostración a los americanos, de todos modos: destruiremos su V Flota. De este modo, cuando los ingleses, a los que detesto muy especialmente, reciban mi ultimátum, comprenderán que deben pagar.

—¿Realmente es tan poderoso ese aparato? —inquirió Landon, no muy convencido.

—Más de lo que imaginas. Nosotros vamos a ser… la célula original solamente, Landon. A partir de nosotros, nuestra organización se extenderá por todo el mundo, al que podremos dominar a nuestro antojo. ¿Poderoso, dices? El «Maremoto» funciona con una variedad de rayos láser que al incidir en el agua provocan tal agitación que en cuestión de segundos puedo convertir en un mar tempestuoso, con olas de cincuenta metros de altura, el lago más tranquilo del mundo. Tomemos los cinco grandes lagos americanos, por ejemplo, los que separan Canadá de Estados Unidos… Con una proyección de apenas dos minutos de los rayos del «Maremoto», esos cinco lagos se alterarían de tal modo que sus olas alcanzarían más de treinta metros de altura… ¿Os imagináis lo que ocurriría en tierra firme, en un radio quizá de cien kilómetros si

esos cinco lagos se alterasen de tal modo?

—Es increíble —musitó Jervis.

—Ésa es la palabra: increíble. Y precisamente por eso, para que todos dejen sus dudas, es por lo que, en cuanto hayamos cobrado los primeros cien millones de dólares a los americanos, les hundiremos su V Flota con un «Maremoto» como jamás habrá habido otro en la historia. Será… una pequeña satisfacción personal, y un aviso para todo el mundo. Seré el amo de… ¿Pero qué demonios está pasando?

La música, los gritos y las risas eran cada vez más fuertes, de modo que Wong Tao había tenido que ir alzando la voz, hasta que prácticamente tuvo que gritar para poder ser oído.

—Iré a ver —dijo Roscoe.

Se dirigía hacia la salida de la cabina principal cuando aparecieron las tres hawaianas, bailando, agitando deliciosamente sus caderas, como si quisieran hacer saltar la faldita de paja, que era todo lo que llevaban, además del collar de flores. Con las tres nativas, llegaban dos hombres, nativos también, uno tocando el ukelele y otro un par de tambores que colgaban de su cuello.

En pos de los cinco, otro nativo, más alto y desgarbado, que se cubría la cabeza con una máscara pintarrajeada profusamente, con un auténtico aspecto de demonio, que agitaba los brazos y aullaba cosas incomprensibles.

—¿Qué es eso? —gritó Roscoe—. ¡Fuera de aquí!

Las nativas no le hicieron el menor caso. Continuaban bailando como si de ello dependiesen sus vidas. Los ojos de Landon, Jervis y Van Voren seguían los movimientos de las caderas y la agitación del resto del cuerpo con expresión cada vez más interesada.

—¡Echadlos! —ordenó Wong Tao—. ¡Vamos, echad a todos estos idiotas del barco! ¡Kramer! ¿Qué pasa? ¡Kramer!

Kramer apareció, rodeado de más chicas que bailaban y mostraban sus blancos dientes, en sensual sonrisa prometedora. El brujo de la cara de demonio bailaba como si fuese una grulla vieja y coja, dando saltitos delante de Wong Tao y gritándole: ¡Hula, hula, hula! En un instante, la cabina quedó llena de gente que bailaba o tocaba algún instrumento, que reía, que sonreía encantadoramente… Con Kramer llegaba una mujer blanca, una rubia bellísima. Había aparecido sonriente, pero, al ver a Wong Tao,

su sonrisa desapareció, y en su rostro apareció un gesto de asombro, y en seguida de desconcierto.

—¡Éste no es el yate del señor Korvin! —exclamó la rubia.

—¡Ya se lo he dicho en cubierta! —aulló Kramer—. ¡Usted se ha equivocado, aquí no estamos esperando a nadie para hacer un luau! [1].

—¡Entonces!, ¿es verdad que el señor Korvin no está aquí?

—¡Ya se lo he dicho!

Wong Tao estaba descolorido de furia. La muchacha rubia le miró, sonrió como disculpándose, y movió un brazo hacia la salida. Las bailarinas y los músicos trataron algunos segundos en captar su orden de marcha, pues estaban dedicados con total entusiasmo al baile. Finalmente, siempre bailando, se fueron en pos de la rubia. En último fue el hechicero con cara demoníaca, que se colocó ante Wong Tao agitando mucho los brazos, aullando ahora otras palabras. De pronto, asió con cada mano una oreja de Wong Tao, y comenzó a darle tirones, como enfurecido, mientras gritaba:

—¡Kala-kulo,
kala-kulo,
kala-kulo…!

Hasta que Wong Tao, de un manotazo, lo apartó, y ordenó a sus hombres que echasen de allí a aquel cretino. Jervis y Landon asieron por los musculosos brazos al hechicero, y, procurando que Wong Tao no viese sus sonrisas, lo sacaron de allí a empujones, acompañándolo hasta la cubierta, mientras el hechicero, vuelto hacia el chino, seguía gritándole:

—¡Kala-kulo,
kala-kulo,
kala-kulo…!

Wong Tao estaba lívido de ira. Pero, pocos segundos después, la música había cesado, y la tranquilidad había vuelto a bordo. Kramer tardó un par de minutos en regresar de cubierta, informando:

—Era un yate que está anclado cerca de nosotros. ¡Lo que daría por estar en ese luau!

—Olvídalo —gruñó Wong Tao—. Hasta que todo haya terminado, no quiero que ninguno de vosotros haga nada personal. Permaneceréis en el yate, sin entrar en contacto con nadie, ni

complicaros la vida de ninguna manera. Y menos, con mujeres. Quiero que esto quede bien entendido.

—No se preocupe —asintió Kramer—. ¡Pero cuando seamos los amos del mundo organizaré en una de estas islas el luau más fastuoso que se pueda imaginar!

Van Voren, que estaba mirando hacia el otro yate por una de las portillas circulares de la cabina, señaló con el pulgar.

—Mientras tanto, ahí se lo están pasando en grande…

CAPÍTULO VIII

Mientras en cubierta, la fiesta proseguía, tres personajes la abandonaron: una de las hawaianas, la muchacha rubia americana y el brujo vociferante. El yate era algo más pequeño que el Coconut, pero tenía quizá más detalles confortables. En el saloncito, los tres personajes se reunieron, y el hechicero, lanzando un suspiro de alivio, se quitó la enorme máscara diabólica…, dejando al descubierto el pecoso rostro de Morgan Morgan.

—¡Ufff…! ¡Con el calor que he pasado no me sorprendería que se me hubiesen derretido las pecas! ¿Ha sido así, Luala?

La bailarina hawaiana, que no era otra que la nativa que había recibido con flores a Morgan en el aeropuerto, soltó una risita.

—Todavía le quedan algunas, señor Morgan.

—Menos mal. ¿Has visto qué feo es el chino ése?

—Sí —volvió a reír Luala—. Pero usted le estaba diciendo algo que no he entendido… ¿Qué significa
kala-kulo
en mi lengua?

—En tu lengua, nada. —Morgan se quitó la falda de paja, quedando en bañador—. Pero sí en lengua hawachina.

—¿Hawachina? ¡Nunca he oído hablar de esa lengua!

—Es que acabo de inventarla. Hawachina sería una mezcla de hawaiano y chino, ¿comprendes? El significado de
Kala-kulo
es «Cara de culo», en inglés. En hawaiano sería
Kara-kulo,
pero como los chinos pronuncian *1* en lugar de *r*, pues se convierte en
Kala-kulo…

¿Comprendes?

Luala comprendía, y estaba riendo de buena gana. Pero Lili Chambers estaba pálida.

—No comprendo cómo pueden reír ustedes… ¡Esos hombres me han parecido perversos! No sé… ¡Gente inquietante!

—Inquietantes, sí lo son —la miró de pronto seriamente Morgan —. Cuando menos, es inquietante su amenaza de hundir la V Flota de la U. S. Navy.

—¿Qué dices? —Respingó Lili.

—Luala, ¿quieres traerme el equipo? —pidió Morgan.

—En seguida.

La muchacha desapareció hacia los camarotes. Arriba, la música y el baile proseguían. Luala, siguiendo las instrucciones del agente del SAG, había organizado a la perfección una auténtica fiesta, que iba a servir de tapadera. Por el momento, Morgan Morgan sabía ya a qué se había referido exactamente Mai Li cuando pronunciaba sus últimas palabras. Coconut… Hawai… El yate Coconut, que estaría en aguas de las Hawai. Y allá tenía el yate, en efecto.

Pero…, ¿qué hacer? ¿Reunir muchos hombres y atacar? La prudencia aconsejaba rechazar esta idea, a menos que el ataque pudiese ser fulminante. Tan fulminante que si Wong Tao, como era de suponer, tenía a bordo aquella máquina que Morgan había visto en Punta Miquillo, no tuviese tiempo de utilizarla. Habían pasado muchos días desde entonces, y seguramente, habría conseguido ponerla en funcionamiento perfecto. No. Nada de un ataque nutrido, ya que la reacción de Wong Tao podría ser desastrosa.

Mientras pensaba esto, Morgan Morgan se acercó a una de las portillas, y se quedó mirando el Coconut, anclado a menos de cincuenta metros. Estaba sencillamente cómico, con el cuerpo teñido de color oscuro y mostrando su color natural y sus pecas del cuello para arriba…, pero, cuando Lili se colocó a su lado, y miró el rostro de Morgan Morgan, comprendió que no había en la mente de éste ni un solo pensamiento jocoso. ¿Era el mismo hombre que gritaba por los pasillos de los aviones, en los bares, y que gritaba Kala-kulo?

—Morgan…

—¿Qué hay? —La miró él.

—¿Qué es lo que ocurre exactamente? A pesar de que todo sigue

pareciéndome descabellado, y que no me has dado grandes explicaciones, te he obedecido… ¿No merezco una explicación? ¿Qué es eso de hundir la V Flota? ¡A mí me parece absurdo!

Morgan iba a decir que a él también, pero recordó cómo en cuestión de segundos, las tranquilas aguas de Punta Miquillo se habían encrespado violentamente, y le habían aplastado contra las rocas… Todavía no había pensado ni siquiera en aclararle la situación definitivamente a Lili, cuando apareció Luala, con una maleta. En el acto, Morgan se desentendió de Lili.

La maleta fue colocada sobre una mesita baja, y Luala la abrió. Dentro había todo lo necesario para equipar a un buceador. Y un corto fusil de aire comprimido, junto con una dotación de seis dardos de unas quince pulgadas de longitud, sueltos, sin unión alguna con el fusil.

—Ayudadme —musitó Morgan.

—¿Qué vas a hacer? —Se acercó Lili.

—Voy a darme un paseo submarino.

—¿Ahora? ¡Pero es de noche, y no verás ni…!

—Lili.

—¿Qué?

—Cierra la boquita. Y otra cosa: cuando yo salga de aquí, Luala queda al mando, de modo que en este yate se hará solamente lo que ella diga. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues eso. Venga, ayudadme a ponerme todo esto.

Morgan Morgan dejó de ser un brujo nativo para convertirse en un «hombre-rana» perfectamente equipado: tubo de aire, aletas, lente, fusil y arpones sueltos, cuchillo, cinturón de plomos… Había también un traje de goma negra, pero Morgan lo rechazó. Ya estaba bastante oscurecida su piel con el tinte anterior, y las aguas no estaban frías, ni mucho menos. Eso aparte de que, salvo imprevistosˆ su permanencia en el agua sería más bien breve. Sólo quería comprobar algo que había sospechado muy poco después de haber avistado el yate Coconut.

Cuando estuvo preparado para saltar al agua. Luala la subió a cubierta, y poco después, el yate comenzaba a trepidar al ser puestos en marcha los motores. Lili miró con expresión siempre asustada a Morgan.

—Os vais a dar un paseo —sonrió el agente del SAG—. Y mientras tanto, yo haré un pequeño trabajillo.

—¿Qué… qué trabajillo?

—Voy a buscar ostras para la cena.

Lili quedó estupefacta. Luego frunció el ceño. Por fin, comprendió que Morgan no quería darle ninguna explicación más, y fue a sentarse, enfurruñada.

Luala descendió apenas un minuto más tarde.

—Señor Morgan, creo que nadie le verá si salta ahora.

—Gracias, Luala. Adiós, Lili.

Lili alzó la cabeza, lo miró fijamente, y pareció que no fuese a reaccionar en modo alguno. De pronto, se echó a llorar. Morgan dio un paso hacia ella, se detuvo, vaciló…, y de pronto se dirigió a la salida. Cuando llegó a cubierta, el baile y la música proseguían, inalterables. Nadie hizo el menor caso a Morgan, que alzó la mirada hacia la cabina de mandos, donde uno de los nativos los atendía.

Un instante después, sin que nadie le hubiese concedido una sola mirada de más, Morgan Morgan se descolgaba por el costado del yate sujetándose a una cuerda. Apoyó los pies en el casco, se impulsó con fuerza, y la embarcación pasó lentamente por su lado. Se volvió y comenzó a nadar hacia el pequeño muelle de Mokuoloe, distante algo más de un cuarto de milla, salpicado de luces.

Y mientras nadaba sin prisa alguna hacia allí, Morgan Morgan seguía oyendo la música en el yate conseguido por Luala…, y en su mente, imborrable, resplandecía la imagen del rostro de Lili Chambers.

De pronto, apretó los labios, se colocó bien los lentes y la boquilla del aire, y se sumergió.

Cinco minutos más tarde, estaba bajo el casco del Coconut. Del Coconut y no de otro yate, se había asegurado bien. Sólo entonces encendió la pequeña linterna submarina, colocándola muy cerca de la quilla, de modo que su luz se concentraba allí, sin posibilidad de expandirse, lo que habría entrañado el riesgo de ser vista desde arriba, en el supuesto de que a alguno de los ocupantes del yate se le ocurriese asomarse a la borda. Lo que tenía más inquieto a Morgan Morgan, sin embargo, era la presencia de aquella lancha veloz junto al yate, pues podía indicar que algunos de los hombres que había visto arriba, estaban allí de visita, no permanentes. Es

decir, que si por ejemplo Wong Tao estaba instalado en otro sitio, quizá el aparato agitador del mar no estuviese en el yate…

De pronto, Morgan vio la ranura en la parte inferior del casco, junto a la quilla. Una ranura que formaba un cuadrado de unos sesenta centímetros de lado; algo menos de dos pies. La estuvo iluminando de lleno, muy de cerca, deslizando los dedos de la mano izquierda por ella. Se veía claramente, además.

Por fin, Morgan tomó una decisión, ya convencido de que sus sospechas habían sido certeras. Sí, por allí deberían salir unos «hombre-rana» a recoger el paquete con cien millones de dólares que sería arrojado al mar. Pero, además, era tan buen escondrijo que quizá estuviese siendo utilizado también para esconder allí el aparato que parecía una ametralladora antigua… La decisión de Morgan fue comenzar a hurgar con el cuchillo en la rendija de la trampilla. No confiaba demasiado en abrirla, pero tenía que intentarlo. Si la abría, y encontraba allí el aparato aquel, todo se simplificaría muchísimo.

De pronto, la trampilla cedió.

Sólo una distancia mínima, pero cedió. Morgan insistió por aquel punto, y muy poco después, conseguía introducir toda la hoja del cuchillo. Aun así, no podía forzar la trampilla, de modo que introdujo también tres arpones. Con todo ello formando un haz, apretó de nuevo, haciendo palanca… No se oyó nada. Simplemente, de pronto, la trampilla se desprendió por un lado, y bajo lentamente, hasta quedar colgando.

Morgan guardó el cuchillo y los arpones, y se metió por el agujero, hasta que su cabeza sobresalió del nivel del agua. Estaba en una pequeña cámara donde, colgados, se veían tres equipos de «hombre-rana». El nivel del agua, por supuesto idéntico al de la línea de flotación del yate, de acuerdo al principio de los vasos comunicantes, llegaba hasta el borde de una pequeña plataforma alzada cosa de un palmo. Y lógicamente, en aquella plataforma, estaba la compuerta que comunicaba con el interior del yate. Morgan se colocó en la plataforma, se desprendió del tubo de aire y de las aletas de goma, así como de los lentes y del cinturón de plomos, y procedió a introducir uno de los arpones en el fusil de aire comprimido.

Luego, asió la manilla de la compuerta, y tiró de ella; se abrió

con toda facilidad. Salió de allí, y se encontró en un estrecho lugar, oscuro. Pasó la luz por las paredes, hasta ver la ranura. Empujó, sin conseguir nada. Intentó abrir con el cuchillo, y tampoco lo consiguió. Por fin, empujó hacia un lado…, y un panel se descorrió. Se encontró dentro de un armario. Abrió éste, y apareció en un camarote.

Ingenioso. El acceso a la salida secreta del yate estaba entre dos camarotes. Ingenioso y discreto, por supuesto.

Con la linterna recorrió el espacio del camarote. Había dos literas, el armario por el que él había entrado, un canterano, un par de sillas, libros… En el armario no había nada interesante. Ni en la pequeña cómoda. En el canterano encontró papeluchos, tabaco húmedo, y dos revistas pornográficas a lo bestia. Lo cerró, y se volvió hacia la puerta, vivamente, al oír pasos afuera. ¿O no?

Sí…

Los oía ahora perfectamente. Alguien caminaba por el pasillo. Oía también una voz. En inglés. No era la de Wong Tao, desde luego. Los pasos se acercaban. Morgan apagó la linterna, y quedó inmóvil junto al canterano abierto. Ni siquiera se atrevió a cerrarlo, por temor a hacer el menor ruido que pudiese delatar su presencia. Pero…, lo que ha de suceder, sucede.

La puerta del camarote se abrió, de pronto, rudamente, y un instante más tarde se encendió la luz. Aparecieron Roscoe y Van Voren, éste último hablando:

—… Si él ya lo ha arreglado todo en tierra, desde luego es mejor que vayamos con él, porque…

Se calló al ver el gesto estupefacto de Roscoe, que en seguida respingó y llevó la mano derecha bajo su cazadora. Al mismo tiempo que miraba hacia donde había mirado Roscoe con tal sobresalto, Van Voren oía un seco y fuerte silbido, ¡fssss!, que terminó con un resonante ¡choc! Donde estaba Roscoe. Ni siquiera vio a éste, con el arpón clavado en el pecho, los ojos fuera de las órbitas, la pistola ya en la mano…, y cayendo fulminantemente muerto hacia atrás.

Lo que sí vio, junto al canterano, fue al extremo personaje de cuerpo oscuro y cabeza blanca de cabellos rubios. Fue una fracción de segundo la que necesitó Van Voren para que en sus ojos apareciese aquella expresión de reconocimiento. Justo cuando

reconocía al tipo de Punta Miquillo y del hotel Santo Nombre que Mai Li no había podido matar, el cuchillo de Morgan Morgan silbaba ya en el aire. No había tiempo para recargar el fusil, pero el cuchillo cumplió su terrible cometido: justo cuando Van Voren sacaba su pistola, el cuchillo se hundía fuertemente en su garganta, provocando un extraño alarido de dolor y de muerte.

La cabeza de Van Voren chocó contra el marco de la puerta, y todo él rebotó entonces hacia delante, de tal modo que el cuchillo aún se clavó más.

Morgan Morgan cerró los ojos un instante. Inmediatamente, pensó que aquel hombre era, sin duda, uno de los que, al mando de Wong Tao, estaban dispuestos a utilizar un aparato que, en caso de provocar el hundimiento de la V Flota o cualquier otra catástrofe, no tenían en consideración los cientos o miles de vidas humanas que eso pudiese costar.

Así pues, bien muerto estaba.

Abrió los ojos y recargó rápidamente el fusil con otro arponcillo.

Lejana, llegó una voz de hombre:

—¡Roscoe! ¿Qué te pasa?

—Se oyó ruido de pies precipitados en el pasillo. ¿Cómo podía suponer Kramer que alguien había entrado en el yate por la secretísima trampilla? Así pues, corrió para ver qué le ocurría a Roscoe, que yacía tendido en el pasillo. ¿Qué tenía en el pecho…?

Se arrodilló a su lado, atónito.

—¿Qué es…?

Entonces, aún sin mirar, vio la figura caído en el suelo dentro del camarote. Alzó la mirada, e identificó a Van Voren… Casi al mismo tiempo, notaba la otra presencia. Alzó aún más los ojos, que se desorbitaron al ver a Morgan, apuntándole con el arpón.

—Ven aquí —ordenó secamente el agente del SAG—. En silencio y con las manos en el pescuezo. ¡Vamos!

Kramer vaciló, pero optó por lo más inteligente. Puso sus manos en la nuca, se incorporó y entró en el camarote. La voz de uno de sus amigos llegaba hasta allí:

—¿Qué pasa, Kramer?

Kramer, que tenía tras él a Morgan, cerró los ojos y encogió el cuello… En efecto, sucedió lo que temía: recibió un formidable trastazo en la cabeza, que lo derribó sin sentido.

—¡Kramer! —gritaba Jervis.

Morgan pasó por encima de Kramer, dispuesto a asir a Roscoe por un pie y entrarlo en el camarote, pero no llegó a tiempo.

—¡Roscoe! —Oyó más cerca—. ¿Qué pasa? ¡Landon, algo le pasa a Roscoe, tiene sangre en el pecho! ¿Kramer? ¡Kramer! ¡Van Voren!

El agente del SAG reaccionó a toda velocidad. Su mente funcionaba siempre al mismo ritmo, al mismo nivel de reflejos e inteligencia. Y la inteligencia le decía que, en aquella ocasión, su posición, acorralado en el camarote, no era conveniente. En cambio, si salía del yate por donde había entrado, y abordaba de nuevo la embarcación por la cubierta, podría ser él quien sorprendiese abajo, en los camarotes o en la sala, a Wong Tao y los dos hombres que quedaban.

Pensado y hecho.

Desentendiéndose de todo, regresó velozmente al armario, bajó a la cámara de agua, y sin molestarse en ponerse las aletas de goma en los pies, y mucho menos en colocarse el tubo de aire a la espalda, se sumergió. El camino a la inversa fue fácil y rápido. Salió bajo el yate, y nadó hacia el costado donde había visto la lancha. Subiría a ella, y desde allí podría alcanzar la borda del yate. Lo esperaba, al menos…

Se vieron al mismo tiempo.

Morgan sacó la cabeza del agua y tomó aire…, mientras Wong Tao, que había bajado la escalerilla lateral, y descendía por ella hacia la lancha, miraba hacia abajo para asegurarse de dónde ponía los pies, temeroso de que la prisa por escapar del yate le hiciese cometer alguna torpeza…

Entonces se vieron.

A la vez.

Morgan sacó el brazo del agua, y disparó el arpón contra el chino, que se movía de lado para sacar su pistola… El arpón pasó a menos de tres dedos de su cabeza, hacia el cielo, mientras Wong Tao terminaba de sacar su pistola, y apuntaba… hacia donde sólo quedaba un círculo ondulado, allá donde había desaparecido velocísimamente Morgan Morgan. ¡Chof, chof, chof!, chascaron las balas en el agua, alzando pequeños surtidores.

Wong Tao saltó a la lancha, y comenzó a mirar alrededor, apuntando con la pistola, esperando ver aparecer de nuevo a

Morgan… De pronto, lanzó un alarido de espanto: ¡el americano debía estar recargando su fusil bajo el agua, y si le salía por detrás, lo iba a ensartar!

Cierto.

Morgan Morgan había nadado alejándose, y cuando se detuvo, siempre bajo el agua, fue para recargar el fusil con otro de los arponcillos. Estaba terminando esta tarea cuando oyó el poderoso zumbido del motor de la lancha. Salió rápidamente a la superficie, y la vio, separándose del costado del yate, mientras, en la borda de éste, los dos hombres que quedaban en pie, Landon y Jervis gritaban llamando a Wong Tao.

Éste vio a Morgan cuando el agente del SAG se orientaba hacia el trayecto de la lancha, y sacaba del agua su brazo derecho, armado con el fusil. Inmediatamente, Wong Tao giró el volante, y la lancha pareció saltar en dirección a Morgan, que abrió la boca en un gesto de espanto… La puntiaguda proa iba recta hacia él: si le tocaba, lo haría pedazos, que aún quedaría más triturado si la lancha pasaba por encima de él de modo que la hélice lo alcanzase.

Wong Tao lanzó un rugido de triunfo cuando la lancha pasó por el lugar donde un instante antes había visto al americano. Aumentó la velocidad, y volvió la cabeza… Tras él, sólo quedaba el amplio surco de espuma, que se iba abriendo impetuosamente. Más allá, en la borda del Coconut, distinguió las siluetas de Landon y Jervis, que debían estar desconcertados, preguntándose qué debían hacer ahora que tenían dos muertos a bordo y Wong Tao se marchaba…

¿Qué podrían hacer? Si el americano de Punta Miquillo estaba allí, era que la cosa se había puesto muy mal, y eso tenía que comprenderlo Wong Tao. Así que hizo lo que, según sus planes, sólo tenía que haber hecho cuando ya tuviese los cien millones de dólares y Van Voren, Roscoe, y los otros tres, le estuviesen esperando en el yate en aguas de Lihue: sacó de un compartimiento del tablier de la lancha el pequeño emisor de ondas de radio, y accionó el botón.

Detrás de él, la carga que hacía días había colocado él mismo en el Coconut, estalló.

Y por detrás de Wong Tao apareció el gran resplandor rojo, y en seguida se elevó la espesa columna de humo negrísimo…

* * *

Desde el yate, Lili Chambers, que miraba hacia Mokuoloe, vio el gran resplandor rojo, y lanzó una exclamación.

—¡Luala!

La nativa apareció en seguida junto a ella. La gran llamarada roja llegaba hasta allí, iluminándolos. Todos dejaron de bailar, para contemplarla, en súbito silencio. Luego, la gran nube negra…

—¿Qué… qué ha sido eso…?

Luala tragó saliva.

—Una explosión… Y podría ser… en el Coconut…

—¡Dios mío!

—Vamos a volver en seguida… ¡No es posible que al señor Morgan le haya ocurrido nada malo!

Lili no contestó. ¿No era posible? ¿Por qué no? El yate estaba virando, pero Lili se movía de modo que sus desorbitados ojos no dejaban de ver la roja llamarada en el puerto de Mokuoloe… Y así estaba cuando vio aquella forma brillante desplazándose sobre el agua, dejando atrás dos estrías que parecían rojas como la sangre. La lancha pasó tan cerca del yate, lanzada en línea recta hacia Oahu, que Lili Chambers pudo incluso distinguir las facciones del hombre que la pilotaba; ya no parecían amarillas, sino rojas…

—El chino —oyó junto a ella—. ¡Está escapando! Y no podemos hacer nada, sería una tontería intentar alcanzarlo con este yate…

—Ha muerto —gimió Lili—. ¡Morgan ha muerto, lo sé, ha muerto, ha muerto…!

Luala no contestó. Lili la miró aterrada, y comprendió que el silencio de la hawaiana era debido a que, simplemente, ella también temía que Morgan hubiese muerto…

Y entonces apareció la otra lancha. Su rumor comenzó a oírse cuando ya se perdía el de la que pilotaba el chino. En pocos segundos, la segunda lancha pasó aún más cerca del yate, y Lili estuvo a punto de desmayarse cuando identificó al hombre que la pilotaba, y oyó su voz, que se perdió en la velocidad de la marcha:

—… ¡Buen… cuezo, ca…!

—¡Es el señor Morgan! —exclamó Luala—. ¡El chino no va a poder escapar!

—Pe… pero… le lleva ventaja…

—No importa. La costa de Oahu está muy cerca, y aunque el

chino llegue antes, el señor Morgan le dará alcance en seguida, porque tiene un helicóptero escondido.

—¿Morgan tiene… un helicóptero escondido?

—Sí.

—¿Y la lancha? ¿De dónde ha sacado esa lancha?

—Mujer, la habrá robado… amistosamente a alguien. El SAG afrontará toda responsabilidad en ese sentido.

—¿El SAG?

—Special Agents Group, Agencia de Seguridad de los Estados Unidos de América. ¿No lo sabía usted?

—¿Yo? —De pronto, Lili temió que la cabeza fuese a estallarle, de pura rabia—. ¿Cómo había de saberlo, si ese… ese… ese pedazo de tonto sólo ha hecho que decirme tonterías desde que nos conocemos? ¡Ojalá se… se… se…! ¡Ojalá naufrague!

* * *

Por supuesto, Wong Tao llegó en primer lugar a la costa. Saltó de la lancha a tierra firme, y echó a correr, volviendo la cabeza. Lejos, distinguió el corte de espuma que la lancha perseguidora trazaba en el mar.

—Ya no me alcanza —jadeó.

Echóse a correr tierra adentro, y no tardó ni dos minutos en llegar a un pequeño *bungalow*, en el que se veía luz.

—¡Pao! —vociferó Wong Tao—. ¡Pao! ¡PAO!

La puerta se abrió antes de que llegase ante ella, y apareció un chino de considerable estatura, vestido con pantalones blancos y una camisa floreada. Tenía una pistola en la mano, y abría la boca…, pero la cerró al identificar inmediatamente a Wong Tao.

—¡El helicóptero! —jadeó éste—. ¡Pronto, quítale el camuflaje y tráelo! ¡Nos vamos ahora mismo!

Pao desapareció hacia el bosque, y Wong Tao entró en la cabaña, apresurado, jadeando, casi sin respiración. Agarró la maleta que apareció cuando derribó rabiosamente el sofá que la cubría, y salió cargado con ella, dando trompicones.

—Puerco asqueroso… Yo te… enseñaré… a entrometerte en… mis asuntos… ¡Te voy a convertir… en basura…!

Abrió la maleta, y sacó las dos piezas principales del «Maremoto», sin dejar de farfullar. El sudor comenzó a deslizarse

primero por su rostro, y en menos de dos minutos, corría por todo su cuerpo. Dos minutos. Tenía parcialmente montado el «Maremoto», pero el americano ya debía haber llegado a la playa, naturalmente. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no aparecía? Bien, realmente, de noche no era fácil seguir a un hombre, así que el americano debía estar buscándolo, mientras él montaba el «Maremoto» esperando a Pao. ¡Desde luego, si el americano se le ponía delante en cuanto tuviese montado el «Maremoto», lo… lo difuminaría!

Pao llegó con el helicóptero, y ayudó a Wong Tao a cargar el «Maremoto». En seguida, sin más consideraciones, emprendieron el vuelo. En menos de un minuto más, Wong Tao tuvo terminado de montar el «Maremoto». Entonces, se pasó una manga por la frente, y gruñó:

—Vamos hacia Honolulú.

—Pero…, ¿no teníamos preparada la ruta de escape por…?

—¡Te digo que Honolulú! ¡Yo les voy a enseñar a los americanos a desobedecer mis instrucciones! ¡Lo de Pearl Harbour no fue nada comparado con lo que le espeta esta noche a la ciudad de Honolulú! ¡Va a desaparecer bajo el mar, y a ser borrada del mapa…! ¿Qué ocurre?

—Otro helicóptero… —señaló Pao, con un dedo—. Más veloz que el nuestro, y nos está cortando el paso hacia Honolulú.

—Debe ser casualidad. Ignóralo y sigue hacia el Sur.

Pao lo intentó, pero, en efecto, el otro helicóptero, más veloz, le cortó el paso, incluso anticipándose a su maniobra apenas iniciada. Bajo el cielo lleno de estrellas y una enorme luna de color naranja, los dos aparatos relucían intensamente, cada vez más cercano uno al otro.

—Está bien —dijo fríamente Tao—: deja que nos alcance. Lo voy a enviar al fondo del mar. Deja que nos alcance, y luego ponte de costado con respecto a él… ¿Qué haces? ¡Te estoy diciendo de costado!

Ahora fue Pao el que comenzó a sudar. Tao intentó de nuevo, pero el otro helicóptero parecía estar computado de modo que pudiese adelantarse a todas sus maniobras. En realidad, Pao ya no sabía ni dónde estaba, ni je daba cuenta de que todo lo que hacía era dar vueltas alrededor del otro aparato, que lo iba… sí, lo iba

engullendo como dentro de una espiral.

—¡Imbécil, te digo que te pongas de costado!

—¡No puedo! ¡Ese piloto está loco, o nació ya con un helicóptero en las manos…! ¡No puedo hacer nada!

—¡Elévate más! ¡Vamos a ponernos por encima de él, y le disparé con el «Maremoto»!

Pao lo intentó de nuevo. Pero siempre con el mismo resultado negativo. Wong Tao lanzó una maldición, colocó como pudo la máquina sobresaliendo por la portezuela corrediza, y cuando le pareció que podía alcanzar al otro helicóptero, disparó…

Un delgado rayo incandescente, rectísimo, perfectamente visible en la oscuridad, apareció un instante directo hacia el cielo. No pasó nada, no ocurrió nada. Apareció un segundo rayo, pero el otro helicóptero estaba maniobrando de nuevo, colocándose encima mismo del de Pao, sin que éste pudiese hacer nada…

* * *

Sujetando los mandos con una mano, de modo que estaba controlando el helicóptero encima del de Wong Tao, y a menos de veinte metros, el agente del SAG Morgan Morgan, palidísimo, había visto aquellos dos delgadísimo rayos de fuego sólido… Sí, de fuego sólido.

Y ya no vaciló más. Pasase lo que pasase, tenía que terminar con aquello, tenía que derribar a Wong Tao y hundirlo para siempre, con su máquina, en las profundidades del mar…

Pareció que, de pronto, su aparato quedase sin control, tan veloz fue el descenso hacia el de Wong Tao. En la vertical caída, el agente del SAG dedicó su atención exclusivamente al otro helicóptero. Estaban a suficiente altura para permitirse todo lo que quisiera.

Y del helicóptero, prestó atención a sus ocupantes. Vio perfectamente al piloto, y vio perfectamente a Wong Tao, que estaba maniobrando frenéticamente para mover su máquina y sacarla por la portezuela de aquel lado.

El agente del SAG tomó la automática de dotación del helicóptero, apuntó un instante, y disparó.

La bala no acertó a Pao.

Ni a Wong Tao.

Pero mientras Morgan Morgan descendía a peso muerto hacia el

mar, el helicóptero de los chinos se convirtió en una bola de fuego rojo, de enorme intensidad…, pero que no duró ni siquiera un segundo. El tiempo que tardó en estallar la máquina, con tal potencia que los miles de trozos del helicóptero se esparcieron violentamente a más de una milla alrededor para ir cayendo luego al mar, al fondo, para siempre.

Y mientras, Morgan Morgan ponía rumbo a la islita de Mokuoloe. O Coconut Island.

A gusto de cada cual.

ESTE ES EL FINAL

Este_es_el_final. —¿Estás a gusto, mi amor?— se interesó ansiosamente Lili Chambers.

—Psé… Vaya… No está mal… Podría estar mejor pero vaya… Psé…

—¿Te traigo más *whisky*? ¿Quieres que baile para ti, aunque no sepa hacerlo? ¿Quieres que te bese? ¿Quieres…?

—¡Alto ahí! Lo de besarme me complace, sierva.

Lili se tumbó en la arena junto a Morgan Morgan a pleno sol bajo las palmeras, y la besó en los labios. Los dos estaban tomando el sol como debe tomarse el sol y en un *bungalow* con playita privada que el SAG a había alquilado para su mejor hombre.

Cuando el beso terminó, Lili suspiró profundamente, y exclamo:

—¡Ahora sí que eres simpático, y no cuando decías todas aquellas tonterías…!

—No eran tonterías. O quizá sí, pero es que la verdad, tenía un problema, mi amor.

—Es verdad —admitió ella, besándole, mimosa, en la barbilla—. ¡Y que problema! ¡Si no hubiese sido por ti, aquel chino…!

—¿El chino? ¿Te refieres al chiflado aquél de la maquinita de hacer mareas? ¡Pero si eso no era ningún problema para mí!

—¿Ah, no?

—¡Claro que no! ¡Vamos…! Muñeca, soy Morgan Morgan, el tipo más guapo y formidable del SAG, no un tonto cualquiera. ¿El chinito aquél? ¡Bah! ¿A eso llamas tú un problema?

—Pu… pues tú mismo decías que tenías un problema…

—Ah, sí. Claro: tú.

—¿Yo?

—Toma, claro. Resulta que llevo treinta años o así dando vueltas

por el mundo, y por fin, un día, encuentro una nena digna de mis pecas. Una nena tremenda, preciosa, encantadora… ¿Y qué pasa con esa nena?: pues, que me la encuentro en todas partes, que va a donde yo voy, que no hay modo de que la pierda de vista. Así que me digo: oye, Morgan Morgan, ¿no será una amiguita del chino, pongo por caso?

—¡Morgan!

—Ya ves… En fin, que no confiaba en ti ni así, bella nativa. Y eso era todo un problema, porque me gustabas más que nada en el mundo. ¿Te imaginas? ¡Morgan Morgan, el guapo invencible, por fin enamorado…! Habría sido desastroso que hubieses sido una aventurera, una espía… Cosas así, ¿comprendes? ¡Y no te digo nada lo que me quitaba el sueño pensar que podías ser amiga del chino!

—Entonces…, ¿tu problema era yo?

—Claro. ¡A ver si un chino que ni siquiera tenía coleta iba a ser un problema para Morgan Morgan! ¡Hasta ahí se podía llegar, querubín!

—Eres formidable —rió Lili, que en efecto, parecía una nativa, sobre todo ahora que se había puesto unas cuantas flores—. Verdaderamente formidable.

—Lo sé, nena, lo sé.

—Y un fatuo —rió Lili—. ¡Oh, ahora que recuerdo! ¿Qué gritaste cuando pasaste con la lancha junto al yate? Cuando perseguías al chino hacia Oahu, ¿recuerdas?

—Ah, sí; te grité: ¡espérame, tía buena, que vuelvo a darte un beso en el pescuezo, cachonda!

—Ya. Y… ¿qué estás esperando?

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Típica fiesta hawaiana, donde, generalmente a la luz de la luna, se cena una interminable lista de platos deliciosos, mientras las nativas bailan incansablemente. < <